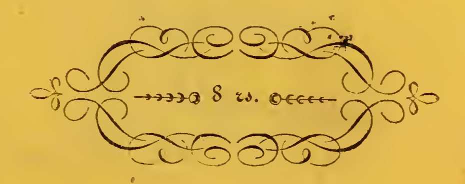
CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMÁTICA.

COLECCION DE OBRAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

en los Teatros de la Córte.



MADRID,
LIBRERIAS DE RIOS Y CUESTA.

EL HIJO DEL DIABLO.

DRAMA EN CUATRO ACTOS,

PRECEDIDO DE UN PROLOGO

Y ARREGLADO A LA ESCENA ESPAÑOLA,

POR

Don Francisco de Paula Montemar.

Representado en el teatro del Instituto.



MADRID—1849: IMPRENTA DE D. S. OMAÑA.
Calle de Cervantes, núm. 34.

Artículos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

«El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señala, el 10 por 100 de la entrada total de cada representacion, incluso el abono Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos.» *Art.* 10 *del Reglamento del Teatro Español de* 7 *de febrero de* 1849.

«Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, y la cuarta parte las traducciones en prosa.» *Idem art.* 11.

«Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mérito de la refundicion.» *Idem art.* 12.

«En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva, percibirá el autor, traductor, ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda. *Idem art.* 13

«El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. El máximum de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el mínimum la mitad.» *Art.* 59 *del decreto orgánico de Teatros del Reino, de* 7 *de febrero de* 1849.

«Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer órden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis, uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas.» *Idem art.* 60.

«Los empresarios ó formadores de Compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el Gefe Político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos.» *Idem art* 78.

«Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra, incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria » *Idem art.* 81.

«Las empresas no podrán cambiar ó alterar en los anuncios de teatro los títulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el testo sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se establece en el artículo antes citado de la ley de propiedad literaria.» *Idem art.* 82.

«Respecto á la publicacion de las obras dramáticas en los teatros, se observarán las reglas siguientes:

1.ª Ninguna composicion dramática podrá representarse en los teatros públicos sin el previo consentimiento del autor.

2.ª Este derecho de los autores dramáticos durará toda su vida, y se transmitirá por veinte y cinco años, contados desde el dia del fallecimiento, á sus herederos legítimos, ó testamentarios, ó á sus derecho-habientes, entrando despues las obras en el dominio público respecto al derecho de representarlas.» *Ley sobre la propiedad literaria de* 10 *de junio de* 1847, *art.* 17.

«El empresario de un teatro que haga representar una composicion dramática ó musical, sin previo consentimiento del autor ó del dueño, pagará á los interesados por via de indemnizacion una multa que no podrá bajar de 1000 reales ni esceder de 3000. Si hubiese ademas cambiado el título para ocultar el fraude, se le impondrá doble multa.» *Idem art.* 23.

714541

PERSONAGES EN EL PROLOGO.

EL CONDE GUNTHER.
NESMER.
EL DOCTOR MIRA.
EL MADGYAR, YANOS GEORGY.
REIGNHOLD.
OTTO.
MOSES-GELD.
GERTRUDIS.
VERDIER.
KLAUS.
ALBERT. } Personages mudos.
GOEZ.

La propiedad de esta comedia pertenece al CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino ó en alguna otra sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de mayo de 1847, 8 de abril de 1839, y 4 de marzo de 1844, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán como reimpresos furtivamente todos los ejemplares que además de no llevar el sello de la Empresa, carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.



PROLOGO.

Sala gótica en el castillo de Blupteaut: una puerta en el fondo cubierta con un tapiz: encima de la puerta un escudo de fondo negro, en el cual se ven tres bustos rojos: á la derecha en primer término una puerta, que conduce á la habitacion del Conde: á la izquierda una gran chimenea encendida: encima un reló: en segundo término á la derecha una ventana: en el mismo lado una puerta secreta: á la izquierda en segundo término la entrada general: junto á la chimenea una mesa con dos bujias encendidas.

ESCENA I.

EL CONDE. NESMER. MIRA.

El conde está sentado en un gran sillon, cerca de la mesa, teniendo á su lado dos botellas y una taza de plata. El doctor está sentado á su lado, y le toma el pulso. Nesmer está de pie detras del sillon.

COND. Qué decis doctor? (*Despues de una pausa.*)
MIRA. Es muy notable la mejoría.

COND. Mi enfermedad no será tal vez peligrosa; pero la incertidumbre me mata. Faltan todavia muchas horas.

MIRA. No, señor conde: dentro de muy poco tiempo tendreis el gusto de ver á vuestro heredero.

NES. Y podeis contar ademas con grandes cantidades en caja.

COND. Bien, amigos mios, bien; esta noche será muy feliz para la casa de Blupteaut; pero estoy esperando hace mucho tiempo y mi cuerpo está helado: tengo en el pecho una angustia que me ahoga... Tengo sed... (*El doctor bacia un poco de líquido de una de las botellas y lo presenta en la taza.*)

MIRA. Señor, es preciso un poco de paciencia.

COND. Gracias... este licor me da nueva vida. Ya tengo fuerzas para levantarme: quiero estar allí... al lado (*Señalando la puerta del foro.*) de mi querida Margarita... de mi esposa... quiero ser el primero que vea á mi hijo. No podeis conocer mi impaciencia. Mi hijo tendrá oro: será mas rico que un rey, y nadie le disputará su herencia... porque, es cierto, nadie tiene derecho á disputársela. No es verdad que el nacimiento de mi hijo anula ese contrato?

NES. Es cierto, señor conde; y para tranquilizaros, voy á leerosle.

COND. Sí, sí.

NES. «Los que abajo firman (*Leyendo.*) Gunter de Blupteaut, conde del santo imperio Romano, y Moses Geld comerciante de Francfort, hemos convenido el dia veinte de febrero de mil ochocientos nueve en lo siguiente. Gunter de Blupteaut cede y traspasa á Moses Geld la propiedad de todos sus muebles é inmuebles despues de su muerte mediante una renta vitalicia.»

COND. Nó, otro artículo. (*Interrumpiéndole.*)

NES Este es. (*Lée.*) «En caso de nacer un heredero varon del referido Gunter de Blupteaut, la presente cesion queda de hecho anulada.»

COND. Y los réditos pagados durante cinco años, hasta el presente de mil ochocientos trece?

NES. El judío debe perderlos, segun la ley.

COND. Ah! Margarita! daria mil soberanos por escuchar su primer grito... Pero, doctor, dicen que la alegria mata... las fuerzas me abandonan: no tengo aliento: necesito descansar... sí, dejadme un momento.

(*Dice estas últimas palabras con desfallecimiento, y*

se queda dormido, reclinando la cabeza en la mano izquierda)

NES. (*Dirigiéndose á la ventana.*) Mucho tardan.

MIRA. (*A el lado del conde.*) Silencio!

COND. (*Soñando.*) Quiero mucho oro!.. Sí, Margarita! Un heredero para el nombre de Blutó.

NES. (*Mira sigue todos sus movimientos. Llaman á la puerta secreta.*) Ya están ahi.

ESCENA II.

Dichos. VERDIER *con trage de correo, negro y encarnado, que es la librea de la casa. Hipólito sacude al entrar el sombrero lleno de nieve.*

MIRA. Silencio! Quién es ese hombre?

NES. No le conoceis? Es Hipólito Verdier; ese muchacho travieso que el caballero Reignhold ha traido consigo de Alemania, y que nosotros hemos colocado en el castillo.

MIRA. Bien, bien. De dónde vienes?

VER. De Franfort.

NES. Los has visto?

VER. A los tres. Primeramente vi al caballero Reignhold: lo encontré en una casa de juego.

NES. No ha olvidado sus antiguas costumbres; las que le han obligado á abandonar la Francia.

MIRA. El caballero de Reignhold es nuestro verdadero amo. El tuvo suficiente habilidad, durante el destierro para ganarse la confianza del conde Ulrrico de Blupteaut, el hermano de ese miserable viejo, (*Señalando al conde.*) que va á morir; el padre de esa pobre condesa, que le seguirá tambien. El fue quien decidió el casamiento del tio y de la sobrina, y quien hizo desheredar á Otto, Goez y Albert, los tres hijos bastardos del conde Ulrrico, muy parecidos á él, segun dicen.

VER. Despues encontré al coronel sosteniendo un grande asalto.

NES. Sí, el valiente Madgyar de Hungria, Yanos Georgy.

VER. En seguida fuí á buscar al judío Moses Geld.

MIRA. Ese es el hombre mas útil en nuestra asociacion, porque tiene muchos florines.

VER. Todos tres me prometieron dirijirse hácia aqui inmediatamente.
NES. Bien puedes retirarte. (*Vase Verdier.*)

ESCENA III.

Dichos. GERTRUDIS. KLAUS. *Criados.*

GER. Doctor! Doctor! (*Sale por la puerta del fondo.*)
COND. Qué es eso? (*Despertando.*)
GER. Mi señora os ha llamado.
COND. Yo tambien os seguiré: quiero animarla: mis criados... donde estan mis criados? (*Toca una campanilla, y sale Klaus y otros criados.*)
NES. No haceis falta. (*A Klaus.*)
MIRA. (*Al Conde.*) Venid, Monseñor. (*A Gertrudis que ha levantado el tapiz de la puerta del fondo.*) Retiraos; yo os llamaré cuando sea necesario. (*Salen por la puerta del fondo.*)

ESCENA IV.

GERTRUDIS. KLAUS, *Varios criados.*

KLAUS. Tambien á vos os mandan retirar. Sabeis qué digo? que aqui hay algun misterio, y yo no quiero perderlos de vista.
GER. Efectivamente, Klaus, que me dan mucho que pensar todas estas precauciones. Se cuentan tantas cosas y tantas aventuras del castillo de Blupteaut!
KLAUS. Pero muchos de esos cuentos son mentira.
GER. Mentira! Me quereis decir qué significa esa luz que se ve á todas horas en la torre mas elevada del castillo? (*Señala la ventana, y los criados se vuelven.*)
KLAUS. Allí está situado el laboratorio, donde el conde va á trabajar con su mayordomo Nesmer en las ciencias químicas.
GER. El pais no está conforme con eso. Todos dicen que el infierno ha tomado parte en los destinos de Blupteaut hace muchos años.
TODOS. Sí, sí.
GER. Ya sabeis ademas que hay una leyenda muy antigua que anuncia la venida del Hijo del Diablo, y que el

dia en que nazca, es segura la ruina de la casa de nuestros amos.

KLAUS. Y no sabeis tambien que nada de eso puede suceder sin el permiso de los tres hombres rojos?

TODOS. Cómo!

KLAUS. No veis el escudo del castillo? No veis que tiene tres hombres rojos en campo negro? Pues bien, estos tres valientes son los que velan por los herederos de Blapteaut.

GER. Es verdad: mi pobre señora me lo ha contado muchas veces. Esa es tambien una leyenda muy antigua. Esos tres hombres eran tres caballeros mas nobles que reyes, que combatieron por la religion, y la Vírgen les concedió por recompensa que aunque muriesen, pudieran levantarse de sus tumbas y venir en auxilio de los de su familia. Hay una balada muy linda que suelo cantar para distraer á mi señora, porque entonces piensa en sus tres hermanos, que se hallan ahora proscriptos y fugitivos.

KLAUS. Silencio.

ESCENA V.

Dichos. EL CONDE. NESMER.

COND. Es preciso que estas pobres gentes disfruten y gocen esta noche: que se les dé todo el vino que quieran. (*El conde se dirige hácia su cuarto apoyándose en el brazo de Nesmer. Al pasar por delante de la ventana, el reló del castillo da las tres.*)

COND. Ah!

NES. Nada, señor; es el reló del castillo: entrad á descansar para cuando la Condesa os llame. Asi lo aconseja el doctor.

COND. Bien: le obedeceremos. (*Se va por la puerta derecha.*)

ESCENA VI.

GERTRUDIS. KLAUS. *Criados.*

KLAUS. Habeis observado á vuestro amo? Parece que está espirando.

GER. Sí, es cierto: está pálido y desencajado.

KLAUS. El conde en la agonía! La condesa en manos de ese médico! Pobre señora! Maldito sea el dia en que el conde Gunther, su tio, la eligió por esposa. Entonces hubieran heredado este castillo los tres bastardos, hijos del conde Ulrrico y hermanos de nuestra ama.

GER. Pero si dicen que en el testamento del conde Ulrrico quedaban por herederos legítimos.

KLAUS. A ellos no les importaba la herencia: ellos querian que su hermana fuera feliz, y luego que se casó con el viejo conde Gunther, partieron á combatir por la libertad de Alemania.

GER. Yo temo que aquí va á suceder una gran desgracia. Esta mañana la condesa me llamó muy temprano, me dió una carta y una llave, y me encargó que os la diera.

KLAUS. Y he obedecido sus órdenes: la carta y la llave fueron remitidas al momento.

GER. Silencio. El señor Nesmer.

ESCENA VII.

Dichos. NESMER.

NES. Podeis retiraros. El conde está descansando.

KLAUS. (Y yo velaré.)

MIRA. (*A Gertrudis saliendo por el foro.*) Podeis volver á el lado de vuestra señora, y avisadme cualquier novedad. (*Los criados se retiran y Klaus con ellos.*

ESCENA VIII.

MIRA. NESMER. *Despues* MOSES. REIGNHOLD *y* YANOS.

MIRA. (*Saliendo.*) Y el conde?

NES. Cada minuto mas débil. Vuestro elixir produce efectos maravillosos. Y la condesa?

MIRA. En el estado que mejor podemos desear.

NES. No hay que perder un momento. (*Se dirige á la puerta secreta, y sale Verdier.*)

VER. Señores, adelante. (*Entra Reignhold, Moses y Yanos.*)

REIG. Gracias á Dios que nos vemos juntos. Cualquiera diria que esta es la antesala del infierno.

NES (*A Verdier.*) Que traigan vino del Rin y que pongan vasos sobre aquella mesa. Que los criados se diviertan y beban, segun la voluntad del conde.

VER. Pocas ganas tienen de divertirse: solo piensan en leyendas y brugerías.

NES. Que nadie venga á molestarnos. (*Dirigiéndose á los recien venidos*) Señores, muy bien venidos. (*Colocan sillas al rededor de la mesa, sobre la cual ha puesto un criado vasos y botellas.*)

REIG. Cuando se toman precauciones, bueno es no tomarlas á medias. Qué es lo que hay detras de aquella puerta?

MIRA. La alcoba de la condesa, cuya vida está en peligro.

REIG. Muy bien. Y aqui? (*Señalando á la alcoba del conde.*)

MIRA. La del conde, que lucha con la muerte.

REIG, Perfectamente. Y nadie podrá incomodarnos?

NES. Nadie.

REIG. En ese caso, hablemos y sepamos, cómo van nuestros negocios?

NES. El dia en que juramos en vista de nuestro miserable estado, que los bienes de Blupteaut serian nuestros, el dia en que el conde Gunther se casó con su sobrina, os prometí que nos reuniríamos muy pronto todos cinco, y que no nos separaríamos con las manos vacías.

TODOS. Es cierto.

REIG. Tan pronto como nos avisasteis, vinimos.

MIRA. Bebamos primeramente en celebridad de nuestra reunion.

REIG. A nuestra reunion que por lo visto nos promete grandes resultados. (*Todos beben.*) Sepamos ahora, y la condesa?

MIRA. Pronto saldremos de nuestra incertidumbre.

MOS. Señores: no olvideis que si da á luz un niño, me veré arruinado... tendré que mendigar mi sustento.

MIRA. Si es un niño, Nesmer y yo estamos conformes en emplear grandes medios.

REIG. Muy bien.

YANOS. Y á qué llamais grandes medios?

MIRA. Coronel Yanos: esas esplicaciones son ahora infructuosas.

YANOS. Para qué hemos de hablar con hipocresía? A quien pensais asesinar esta noche?

MIRA. Matar! Yo no creo...

REIG. Dejarlos morir, que es lo mismo. Yanos da siempre á sus palabras un colorido demasiado violento. Ya sabemos los obstáculos que tenemos que vencer. Gunther de Blupteaut, su esposa y su hijo.

YANOS. Un viejo!.. Un (*Con disgusto.*) chiquillo y una pobre muger enferma, cuando nadie saldrá á su defensa.

MOS. Quién sabe!

TODOS. Cómo!

MIRA. Tambien vos temeis á los tres bastardos de Blupteaut? Están ahora demasiado ocupados en la guerra contra la Francia para pensar en nosotros.

MOS. Si se tratase solamente de tres hombres, está bien: pero se trata de tres demonios, de quienes se cuentan grandes aventuras.

REIG. Siempre con vuestras visiones: los tres hombres rojos reposan tranquilamente sobre el escudo de armas de Blupteaut. Señores, brindemos á la salud de los tres hombres rojos.

ESCENA IX.

Dichos, EL CONDE.

COND. Gracias, señores, por mis ilustres antepasados. Doctor, dadme noticia de mi esposa. Ya os sigo. Quiero (*Mira entra en la alcoba de la condesa.*) ser el primero que vea á mi hijo... Quiénes son esos tres hombres? Qué vienen á hacer aquí?... Yo no los conozco... Oh! Sí.. uno de ellos es el judío de Franfort...

que se marche..... no quiero verle... Yo no le debo nada. (*Moses va á retirarse.*)

REIG. (*Bajo á Moses.*) Quedaos.

ESCENA X.

Dichos, MIRA, *Despues* GERTRUDIS.

MIRA. Señor: teneis un heredero.

COND. Un hijo! Es cierto? Abrid todas las puertas; llamad á todos mis súbditos; que saluden á su nuevo dueño... vete, judío, vete; nada te debo ya. Dios mio! Dios mio! No puedo respirar! (*Se sienta.*) Tengo sed... Ah!... (*Nesmer coge la botella del brevage y echa en la taza con timidez.*)

REIG. Acabemos de una vez. (*Tomándola y llenándola con resolucion. La presenta al conde y bebe con ansia.*)

GER Señor! Señor!

NES. (*Deteniéndola.*) Silencio!

GER. Dejadme, dejadme.. quieren matar á mi ama.

NES. Silencio, digo.

COND. (*Desfallecido.*) Un hijo!... El heredero de Blupteaut... Ah! (*Muere.*)

GER. Dejadme... señor .. Ah!.. (*Ve al conde muerto y retrocede.*)

REIG. El conde ha muerto... solo nos queda su esposa y su hijo.

NES. Contened á esta muger.

GER. (*Se dirige á la puerta del foro gritando.*) Socorro! Socorro!

VER. (*Fuera.*) Abrid, abrid.

ESCENA XI.

Dichos. VERDIER.

VER. La gente del castillo está en movimiento: ha oido los gritos de la condesa.

NES. Procurad tranquilizarlos.
El niño ha muerto.

VER. Es cierto?

REIG. Nó, pero es preciso que muera. (*A Moises y á Yanos, haciéndoles señas para que se dirijan á la al-*

coba.) Decid á esas gentes que el heredero de Blupteaut ha muerto. (*Van á entrar en la alcoba de la condesa, y se presentan tres hombres envueltos en capas encarnadas, que son: Otto, Albert y Goez.*)

OTTO. Atras, miserables! Ve á decir á los súbditos del castillo que el heredero de Blupteaut vive. (*Sacan las espadas y todos retroceden.*)

TODOS. Ah!

FIN DEL PROLOGO.

PERSONAGES.

SARA.
NOEMI.
OTTO.
EL CONDE DE REIGNHOLD.
EL BARON DE GELDBERG.
EL DOCTOR JOSE MIRA.
FRANZ.
EL CORONEL YANOS.
VERDIER.
JOSEFINA.
KLAUS.
GERTRUDIS.
ALBERT. } Personages mudos.
GOEZ.

ACCIONISTAS Y GENTES DEL PUEBLO.



ACTO I.

Gabinete elegante de un banquero: á la izquierda una gran mesa de despacho cubierta de legajos; á la derecha una butaca, y al lado un velador pequeño. Puertas al fondo y laterales.

ESCENA I.

SARA, FRANZ, KLAUS. *Sara está sentada en una butaca:* FRANZ *y* KLAUS *entran por la puerta del foro.* KLAUS *lleva dos, ó tres grandes libros de registro.*

FRANZ. Ponedlos sobre esa mesa. (*Klaus coloca los libros sobre la mesa, haciendo ruido.*)
SARA. Ah! Quién es?
FRANZ. Dispensadme, señora condesa: no sabia que estabais aquí.
SARA. Ah! Sois vos, señor Franz? Para qué son todos esos libros.
FRANZ. El señor conde me ha mandado traerlos aquí; pero hace falta todavia otro, y voy...
SARA. Esperad: tengo que pediros un favor.
FRANZ. Un favor!
SARA. Quiero daros una comision de la mayor importancia!

FRANZ. Disponed de mí como gusteis. (Ah! sino fuera por el cariño que profeso á Noemi: esta muger me haria perder la cabeza. (*Klaus se retira.*)

ESCENA II.

SARA, FRANZ.

SARA. Señor Franz... (*Tomando una carta del velador.*) Es preciso que me hagais el favor de llevar esta carta.

FRANZ. (*Leyendo el sobre.*) «A Josefina Duróc, en el Temple. número doscientos veinte y uno.

SARA. Es una vendedora de encages á quien deseo comprar algunos.

FRANZ. Yo mismo iré á llevarla.

SARA. No; vos no: tengo que enviaros á otra parte: solamente deseo que nadie sepa que compro mis encages en el Temple; ni el conde tampoco.

FRANZ. Bien, señora: uno de los dependientes de mi confianza la llevará!

SARA. (*Sacando algunos luises de un bolsillo, y liándolos en un papel.*) Ahora vos...

FRANZ Para qué?

SARA. Necesito que tomeis billetes, porque quiero ir al casino Paganini: esta noche es el primer baile de máscaras.

FRANZ. (¡Un baile de máscaras! Ah! Si yo me atreviera!...) Yo me encargo de que tengais los billetes. (*Rehusando tomar el dinero.*)

SARA. Tan rico estais, señor Franz, que podeis anticiparme ese dinero?

FRANZ. Hoy mismo he percibido una mensualidad de mi sueldo.

SARA. Y qué sueldo teneis?

FRANZ. Doscientos francos.

SARA. Doscientos francos! Con poca generosidad os ha tratado mi esposo: sois acreedor á un destino de mas importancia.

FRANZ. El señor de Reignhold no esta obligado...

SARA. Sois muy poco galante, señor Franz.

FRANZ. Yo, señora!

SARA. Creeis que mi esposo no debe hacer nada por mí.

FRANZ. Pero yo.. .

SARA. Mi esposo no debe olvidar que el dia en que se des-

bocó mi caballo, y cuando apenas podia sostenerme, os atrevisteis á detenerlo á riesgo de vuestra existencia. El conde sabe que os debo la vida.

FRANZ. Yo estoy sumamente reconocido al señor conde, porque ha querido recompensar mi trabajo, sin tratar de premiar un servicio que me ha llenado de orgullo y de satisfaccion.

SARA. Silencio. Es mi esposo.

ESCENA III.

SARA, REIGNHOLD. FRANZ.

REIG. (Todavía á su lado!)

SARA. Señor Franz; no olvideis mis billetes: cuento con vuestra exactitud.

FRANZ. Cumpliré vuestras órdenes.

REIG. Es inútil, señor Franz: la condesa retirará sus órdenes, porque ya no perteneceis á la casa de Reignhold y compañía.

SARA. (*Despues de una pausa.*) Pero, conde....

FRANZ. Ah! señor conde, no puedo replicaros, porque me despedis de vuestra casa. Estais en vuestro derecho: pero espero que me digais al menos la causa de tan repentina resolucion.

REIG. Voy á contestaros: me habeis dicho, al entrar en mi casa, que veniais de Forbach.

SARA. (*Escuchando con ansiedad.*) De Forbach?

FRANZ. Es cierto.

REIG. Pues bien: he escrito á Forbach, y me han asegurado que hace cuatro, ó cinco años, que habiais llegado allí.

FRANZ. Es cierto.

REIG. Y que habiais vivido?....

FRANZ. Entonces tenia quince años, y daba lecciones de francés.

REIG. Pero en esa época tuvisteis que comparecer ante los jueces.

FRANZ. Efectivamente. El director de títulos, que no sabia por cierto leer, ni escribir, hizo cerrar mi escuela como ilegal, y por eso comparecí ante los jueces.

REIG. Tambien sé que habeis sido guarda-bosque.

FRANZ. Es cierto, señor conde: he pasado dias y noches á caballo, sufriendo el frio, el sol y la lluvia. Creo que no pueden haberos dicho otra cosa.

REIG. Nadie ha sabido decirme de donde veniais, ni por qué abandonásteis á Forbach.

FRANZ. Yo mismo no sé de donde venia: en cuanto á la causa de mi partida... ese es mi secreto. Sin embargo, sí, como dicen, nuestro destino está escrito desde el dia en que nacemos, os diré que salí de Forbach para impedir que la señora condesa muriera á los pies de un caballo, y para que vos me arrojárais despues de vuestra casa.

REIG. Señor Franz!... El cajero tiene órden de entregaros mil escudos.

FRANZ. Si yo fuera el conde de Reignhold, uno de los primeros banqueros de París y el esposo de esta señora, hubiera ofrecido á el que la salvó la vida, mi amistad si le conceptuaba digno de ella: de lo contrario, le hubiera ofrecido la mitad de mi fortuna.

REIG. La mitad de mi fortuna!

FRANZ. Si vos hubierais sido Franz y yo el conde de Reignhold, hubiérais reusado esos millones, como yo rehuso admitir ahora vuestros mil escudos. Señor conde, me retiro. Señora... (*Saluda y se dirige hácia la puerta.*)

SARA. (*Levantándose.*) Un momento, señor Franz... El conde de Reignhold, no os agradece lo que por mí habeis hecho: yo lo tengo muy presente. Os he suplicado antes que os encargarais de una comision mia; espero que la desempeñareis, y que estareis pronto de vuelta.

REIG. (*Bajo.*) Pero, señora!...

SARA. Yo lo mando. Aunque el baron de Geldberg, mi padre, está retirado de los negocios, tiene amigos, y sabrá mirar por el que le conservó la vida de su hija.

FRANZ. Obedeceré, señora; aunque no merezco que me trateis con tanta bondad. (*Franz saluda y se retira.*)

SARA. Os espero...

ESCENA IV.

REIGNHOLD. SARA.

REIG. Sara: esto es demasiado: yo no puedo tolerar que me obligeis á hacer un papel tan ridículo.

SARA. Tampoco quiero que me obligueis á hacer un papel tan odioso.

REIG. Estais empeñada en proteger á ese jóven, y vos misma sois causa de que yo le aborrezca de muerte.

SARA. Es posible acaso que vos ameis?

REIG. Y vos me lo preguntais? Vos, á quien amo con toda mi alma. Hace quince años que vuestro padre me concedió vuestra mano: durante este tiempo no he conseguido de vos la mas ligera prueba de cariño; os he suplicado, me he humillado... nada: siempre indiferente. Y me decis si es posible que yo ame? Preguntadlo á mis consocios..., ellos os responderán, puesto que he destruido nuestra asociacion por atender á vuestros escesivos gastos, porque nada os faltára, porque pudiérais satisfacer el menor de vuestros caprichos.

SARA. Estais arruinado?

REIG. Sí, arruinado, ó al menos me falta muy poco.

SARA. Señor conde; tratais acaso de imponerme miedo?

REIG. Vuestro mismo padre os responderá.

SARA. Mi padre!

REIG. A él podreis darle cuenta de las crecidas sumas, que habeis derrochado.

SARA. Señor de Reignhold: jamás podreis decir que yo os he engañado. Cuando pedisteis mi mano, mi padre dispuso que os la diera, porque, segun me dijo, convenia á su honor y á sus intereses: como hija obediente respeté su mandato: os advertí, antes de daros mi mano, que mi corazon no me pertenecia; que amaba á otro hombre: pero vos hicisteis muy poco aprecio de mis palabras: os dije tambien que nunca podria amaros; y á pesar de todo esperabais vencer algun dia mi indiferencia.

REIG. Pero vos me ofrecisteis no faltar nunca á vuestros deberes.

SARA. Y os he cumplido mi palabra. «Ningun amor es eterno,» me dijisteis; tal vez hubiérais conseguido que

cesará mi indiferencia, y que os llegara á amar algun dia; pero para eso era necesario que no fuerais un hombre sediento de oro, un especulador ambicioso: el oro es vuestro único deseo.

REIG. Y quisiera poseer todas las riquezas de un rey para ofrecéroslas. Sara, Sara, decidme por Dios que no amais á ese jóven.

SARA. Podeis estar tranquilo.

REIG. Gracias, gracias: conozco que he hecho mal, y procuraré enmendar mi falta: le enviaré á vuestra casa de Francfort... pero Klaus me ha dicho que deseabais hablarme. Qué es lo que quereis?

SARA. Necesito para mis gastos veinte y cinco mil francos.

REIG. Veinte y cinco mil francos! No os he dicho ya que la casa de Reignhold y compañía está próxima á su ruina?

SARA. Podrá ser: pero el conde de Reignhold tendrá veinte y cinco mil francos disponibles para su esposa.

REIG. Sara: no comprendeis el estado de nuestros negocios.

SARA. Basta: señor conde, prefiero pedir esa cantidad á mi padre. (*Se va por la segunda puerta de la izquierda*)

ESCENA V.

REIGNHOLD *solo.*

Su padre! No sabe que la fortuna de su padre participa del mal estado de la nuestra, y que tambien se verá arruinado. Es preciso tomar alguna resolucion. (*Mirando el reló.*) Ya es la hora... No deben tardar... la esplicacion es temible, pero es al mismo tiempo indispensable... Ellos son! (*Se abre la puerta.*)

ESCENA VI.

REIGNHOLD. *Despues* MIRA. *Despues el coronel* YANOS. *Despues* GELDBERG. KLAUS *anunciando.*

KLAUS. El señor doctor Mira.

REIG. Buenos dias, doctor. Cómo estais?

MIRA. Hace un frio insoportable: á no ser por vos, no hu-

biera salido hoy de casa, ni aun para ver á mi enfermo favorito, el duque de Porland.

KLAUS. (*Anunciando.*) El coronel Yanos Georgy.

COR. Buenos dias, doctor; buenos dias, conde. Me habeis hecho perder un espléndido banquete, á el cual estaba hoy convidado.

REIG. Dejad ahora vuestras distracciones, porque tenemos que tratar asuntos de mas interés.

MIRA. Hablad.

REIG. No; no estamos todos: falta el baron de Geldberg.

MIRA. El viejo Moses Geld: siempre el mismo. Todo el dia encerrado en su casa, sin que se le pueda ver hasta las cinco de la tarde.

REIG. Siempre.

COR. Y, qué diablos hace solo?

REIG. Preguntádselo á él mismo. Aqui le teneis. (*La puerta de la izquierda se abre lentamente*)

GELD. (*A el coronel y á Mira.*) Señores, Dios os guarde. He encontrado esta mañana un billete debajo de la puerta de mi cuarto, y ya veis que soy exacto.

REIG. Sé muy bien cuales son vuestras horas, y por eso le envié tan á tiempo. Cuando querais podemos dar principio.

MIRA. (La cara de Reignhold me da hoy muy mala espina.)

COR. (Qué nuevo complót será este?)

GELD. (Veamos para qué es esta cita tan misteriosa.)

REIG. Antes de principiar, señores, debo advertiros que las puertas están cerradas... Arrojémos, pues, cada uno nuestras máscaras, y presentémonos tal cual somos: cuatro pobres hombres que han buscado la fortuna, y que la han encontrado por un mismo camino.

MIRA. Y de la que gozamos felizmente.

REIG. Y á la cual tendremos que renunciar por desgracia.

MIRA Y EL COR. Cómo!

GELD. (*Con calma.*) El dia que se os confió la direccion de nuestros negocios, arrancándola de mis manos, me figuré que tarde ó temprano tendriamos que lamentar alguna desgracia.

REIG. Y qué negocios me habeis confiado? Algunas operaciones de cambio nada mas.

GELD. Con eso mismo he formado yo un capital respetable; pero ya se vé: me habeis exigido grandes su–

mas, y todas mis ganancias han ido á sumergirse en la tumba de Gunther.

REIG. Y quién tiene la culpa de que esos magníficos dominios no estén ya en nuestro poder? Yanos es responsable; porque tuvo miedo á el hombre rojo; á el desterrado que se apareció aquella noche para salvar la vida del heredero de Blupteaut. A pesar de haber circulado la noticia de su muerte, Moses se ha presentado á los tribunales con el contrato que le hace dueño de los bienes del conde; pero se le ha exigido probar que el niño, que nació en aquella noche fatal, no existe.

COR. Decis que tuve miedo al hombre rojo! Yo me bato con hombres y no con fantasmas.

REIG. Esa estúpida niñeria ha sido causa de que el tribunal de Francfort, admitiendo como posible el nacimiento del niño, haya secuestrado los dominios de Blupteaut, aplicando á el heredero la ley de los ausentes, que señala el plazo de veinte años, antes de proceder á la adjudicacion.

MIRA. Pero ese plazo está próximo á espirar: no falta mas que un mes, y estamos seguros de que el niño ha muerto.

COR. Yo no puedo emplear mis armas contra un niño.

REIG.. Eso le correspondia á Moses, el cual tiene tanto interés como nosotros en el negocio, para que haya dejado de cumplir su deber...

GELD. Yo hice lo que debia. Continuad.

REIG. Sacamos en consecuencia que, aunque no ha espirado el plazo de veinte años, no por eso tenemos perdido el tiempo. ¿Quién ha aprovechado los momentos de confusion en que se encontraba la Europa en mil ochocientos quince, para presentaros en París, (*A Yanos.*) como un valiente coronel del ejército húngaro? Quién ha cambiado, doctor, (*A Mira.*) vuestros pergaminos de charlatan por los títulos de facultativo? Y á vos, (*A Moses.*) quién os ha cambiado vuestros andrajos de la judería por las letras de cambio, vuestra miserable casilla por una casa de comercio, vuestro nombre de Moses Geld, despreciado en Francfort, por el de baron de Geldberg, tan respetado en París? Yo, señores; á mí me lo debeis todo.

GELD. Estoy pronto á reconocer los servicios de cada uno: pero esta casa de comercio, quién la dirigió hasta

el año de mil ochocientos treinta? ¿Quién la ha hecho prosperar? Yo, señores: y, al pasar de mis manos á las vuestras, habia en caja algunos millones: entonces teniamos un crédito inmenso, y hoy...

REIG. Hoy está herido de muerte, y dentro de poco tiempo no tendremos ninguno.

MIRA. Cómo es eso?

REIG. Porque dentro de ocho dias vencen letras por valor de cien mil francos, y solo tenemos en caja cincuenta mil.

MIRA. No puede ser. (*Los tres se levantan.*)

YANOS. / GELD. } Es imposible.

REIG. Ahí teneis mis libros.

YANOS. Yo no entiendo de libros. Dónde se han invertido los fondos de la casa?

REIG. En vuestras contínuas órgias, coronel Yanos; en vuestras repetidas visitas á Frascati, doctor Mira,

GELD. (*A Reignhold.*) Y en vuestro escesivo lujo, en vuestros festines, en vuestros carruajes.

REIG. Para atender á las exigencias de vuestra hija. Pero dejémonos ahora de recriminaciones inoportunas y pensemos únicamente en el remedio.

YANOS. Y será posible encontrarlo?

REIG. Tengo un proyecto de asociacion que nos salvará.

MIRA. Alguna nueva locura!

REIG. Una locura, que en menos de dos meses pondrá en nuestras manos diez millones. No es á los ricos, á quien pienso sacar este dinero, sino al pobre y al obrero; y el pobre y el obrero es confiado, porque es hombre de bien.

GELD. Conozco la operacion, y creo que puede darnos resultados.

REIG. Pero para esto es necesario que nuestro crédito no padezca en lo mas mínimo; y que lejos de eso, procuremos elevarlo á la mayor altura. Qué necesitamos ahora? Doscientos mil francos: pues bien, es preciso reunir entre todos esa cantidad,... Vos, Geldberg podreis ayudarnos eficazmente, porque contareis con algunas economías.

GELD. A qué hablais de mis economías, que ascienden á unos cuantos francos, cuando no son doscientos mil los que hay que abonar, sino un millon?

REIG. Estais loco? Quereis ver mis libros?

GELD. No; no necesito vuestros libros para hacer mis cuen-

tas. Tengo yo aqui en mi cabeza los presupuestos de todos los gobiernos de Europa. Escuchadme ahora. Ya recordaréis que nuestro consocio Nesmer, el mayordomo del difunto conde, el que tan buenos servicios nos prestó en el castillo de Blupteaut, murio asesinado por el hombre rojo, (*Al Coronel.*) el que os hizo retroceder.

REIG. Bien: él y sus hermanos están presos en Francfort.

GELD. Perfectamente. Y, cómo habeis arreglado la parte que tenia en nuestra asociacion Nesmer, y que heredó su sobrino el baron de Rodach?

REIG Por medio de pagarés contra nuestra casa.

GELD. Y en los dos años transcurridos, cuantos se han presentado?

REIG. Ni uno solo.

GELD. Pues ya han vencido veinte de á cuarenta mil francos. Creo que son inútiles nuestros esfuerzos.

MIRA. Es cierto; y yo no pienso arriesgar lo poco que me queda.

YANOS. Yo procuraré no crear nuevas deudas.

GELD. En cuanto á mí, me retiraré á vivir á una boardilla, para pasar los años que me quedan de vida.

REIG. Y yó me declararé en quiebra, no es eso? Y yo he de sufrir las consecuencias? Sois unos miserables, que retrocedeis al menor obstáculo. Quién os ha dicho que se presentarán esos pagarés firmados á favor del heredero de Nesmer? El baron de Rodach, su sobrino, ha desaparecido, y con él todos sus papeles. Pensadlo bien, señores, y decidios pronto.

MIRA. Contad con cincuenta mil francos, si me asegurais su reembolso sobre vuestra parte del castillo de Blupteaut.

REIG. Estoy conforme.

YANOS. Yo haré igual anticipo bajo las mismas condiciones.

REIG. Convenidos. Y vos, Moses?

GELD. Yo! Yo no tengo nada, de que disponer; pero hablaré con uno de mis amigos, un compatriota, que habita en el Temple.

REIG. El tirano Araby, el rey de los usureros, que presta al cinco por ciento por cada hora.

GELD. Araby es un hombre de bien, que paga siempre con puntualidad. Vos mismo podeis saberlo.

REIG. Efectivamente: soy uno de los principales arrendatarios del Temple, y lo sé además por Verdier.

GELD. Verdier! Aquel bribon!

REIG. Sí, aquel bribon, que con tanta fidelidad nos sirvió hace veinte años, y que ahora mismo está encargado de alguno de nuestros asuntos.

MIRA. Y os sirve de algo?

REIG. Ya le he dicho que es indispensable activar nuestras diligencias, y que nuestros agentes no descansen un momento, para que dentro de un mes seamos los únicos señores de Blupteaut.

ESCENA VII.

Dichos. FRANZ. SARA.

SARA. Venid, Franz. (*Viendo á su padre.*) Padre mio!

GELD. (*La abraza.*) Hija mia!

SARA. Padre mio: voy á daros cuenta de una ocurrencia bien singular por cierto.

REIG. (Siempre ese joven...)

SARA. (*A Reignhold.*) Queriais echarlo de nuestra casa, pero no sabiais quien era, y que antes de ir á Forbach...

GELD. Habla, hija mia: sentiria que se causara la menor molestia al que te salvó la vida.

SARA. Os acordais, padre mio, de aquella tarde en que os esperaba en nuestra casa de Lamberg, cerca de Francfort.

GELD. (*Algo alterado.*) Ya hace mucho tiempo, hija mia: han transcurrido diez y seis años, y mi pobre memoria...

SARA. Es imposible que os hayais olvidado. Yo estaba inquieta, porque tardabais mucho, y me adelanté á encontraros por el camino de Menz.

YANOS. El camino de Menz?

MIRA. (Hace diez y seis años!)

GELD. (Será posible!)

SARA. Pues bien: despues de haber caminado una hora, llegué hasta las canteras de piedra roja, que rodean el bosque de Garnet.

GELD. (Qué irá á decir?)

SARA. Vos os dirigiais hácia el bosque, llevando en los brazos un niño de tres á cuatro años.

GELD. (*Temblando.*) Y ese niño?

MIRA.
YANOS. } Quién es?
REIG.

FRANZ. Soy yo, señores.

GELD. REIG. YANOS. MIRA. } (*Con asombro.*) El!

REIG. (Infame Geldberg, no tuvo valor para matarlo.)

GELD. (Me faltan las fuerzas!)

SARA. No os acordais, padre mio, que llegué á tiempo? Estabais pálido, tembloroso, no podiais sosteneros de pie: entonces tomé el niño en mis brazos, lo llevé á nuestra casa, y consentisteis en que yo le educara hasta el dia en que os dí mi mano. (*Al conde.*) Aquel mismo dia desapareció el niño.

REIG. Y qué hicisteis de él, señor baron?

GELD. (*Con embarazo*) No puedo decir... tal vez se perderia...

FRANZ. Indudablemente me perderia, porque recuerdo que un criado me llevó al bosque, donde me quede dormido sobre una piedra. Cuando desperté, me encontré solo y un leñador me recogió. La muger que tenia que dar pan á sus cinco hijos, me vendió á un saltimbanquis, que me trajo á Francia. Cansado de estar sujeto á la voluntad de otro, apreció mucho mas mi libertad, y gané yo solo mi sustento. Esta es mi vida, señores. No comprendo ahora por que mirais con tanta prevencion á un jóven desgraciado, que nada os pide y que no os molesta.

REIG. (*A Yanos.*) No sospecha nada.

SARA. (*A Reignhold.*) Y ahora insistireis en despedirle?

REIG. Nada de eso: conozco que hablé á este jóven con demasiada acritud, y puede quedar en mi casa.

FRANZ. Permitidme que rehuse vuestro ofrecimiento Prefiero mucho mas mi libertad.

REIG. Pero cómo pensais sosteneros?

FRANZ. Dios me protegerá.

REIG. No teneis familia ni amigos.

FRANZ. Nadie tendrá que llorarme.

SARA. Y Noemi?

FRANZ. Unicamente he podido averiguar que una muger se apoderó de ella, diciendo que era la hija de una noble señora: no puedo decir mas. Señores, con vuestro permiso. Estoy resuelto á vivir independiente. (*A Sara.*) Os doy gracias por vuestras bondades.

SARA. Sed feliz, señor Franz.

ESCENA VIII.

GELDBERG. SARA. YANOS. REIGNHOLD. MIRA.

REIG. (*A Yanos y Mira.*) Seguidle: no le perdais de vista. Es preciso que esta vez no se nos escape.

MIRA. Tanto como á nosotros os interesa...

REIG. (*Al baron que está sentado junto al velador.*) Seguidme, señor baron: tenemos que hablar los dos.

ESCENA IX.

GELDBERG. SARA. *Despues* KLAUS.

GELD. Somos perdidos!

SARA. Qué decis, padre mio?

GELD. Sara, mi querida hija, mi único consuelo! Es preciso que abandonemos la Francia; pero no quiero huir con ese miserable... con Reignhold.

SARA. Mi esposo!

GELD. Tú le seguirás?

SARA. No, padre mio: no.

GELD. Pues bien; huirás conmigo.

SARA. (No, no; con mi hija!...)

GELD. Sara, es preciso no perder tiempo; dentro de ocho dias se sabrá todo.

SARA. No me engañaba mi esposo, cuando me negó la suma que le he pedido?

GELD. Te ha negado dinero?

SARA. Sí, padre mio.

GELD. Negarte él oro, cuando tu dote ascendia á una cantidad considerable!

SARA. No ha querido darme veinte y cinco mil francos.

GELD. Veinte y cinco mil francos! Para qué quieres tú esa cantidad?

SARA. La necesito, padre mio: tengo que pagar una deuda. Pero decidme, qué significan estas visitas misteriosas? Qué negocios son los que teneis que tratar con mi esposo?

GELD. Hija mia: Reignhold es un miserable, y es la causa de nuestra ruina.

SARA. Pero, esplicadme...

GELD. No has oido tú hablar del castillo de Blupteaut?

SARA. Sí, padre mio.

GELD. No has oido tú hablar de los tres hijos bastardos, del conde Ulrrico; tres aventureros, Goez, Albert y Otto?

SARA. (Cielos!)

GELD. Pues bien; ellos son los que disputan el dominio de Blupteaut, alegando que pertenece á un heredero que nunca ha nacido.

SARA. Y qué os importa? si antes de un mes será vuestro ese castillo.

GELD. No; no puede ser mio, porque ese heredero, ese miserable, que puede despojarme de mi último recurso, es Franz.

SARA. Ese es el que llaman las buenas gentes de Blupteaut el hijo del diablo. (*Klaus entra en este momento para dejar unos libros, y oye hablar del hijo del diablo, y se detiene.*) Pero no me dijisteis antes que no habia nacido?

GELD. Es cierto; lo dige... Pero esa es una historia horrible, y yo no puedo decirte mas. Ese miserable Franz es un heredero supuesto, no es el hijo de Gunther, y lo probaré.

KLAUS. (*Desde el fondo.*) El hijo de Gunther!

GELD. Qué haces ahí? Qué quieres?

KLAUS. Una muger que preguntaba por la señora condesa me ha dado esta carta.

SARA. (Es Josefina.)

GELD. Es á esa muger á quien debes los veinte y cinco mil francos?

SARA. La misma, padre mio.

GELD. Pues bien: recíbela: di que tu padre se encarga de la deuda: tengo que arreglar algunas cuentas: examinaré mis papeles, y luego veremos. (Veinte y cinco mil francos! Dios mio! Veinte y cinco mil francos!) (*Sale por la puerta de la izquierda.*)

SARA. Decidla que entre. (*A Klaus que manda entrar á Josefina, y continua observando en el fondo.*)

ESCENA X.

JOSEFINA, SARA.

JOSEF. Teneis algo que mandarme, señora?

SARA. Cuando te escribí esta mañana, no sabia algunas cosas, de que me he enterado posteriormente. Esa pequeña casa de Fontainebleau está dispuesta?

JOSEF. Estan convenidos en vendérosla amueblada en veinte y cinco mil francos.

SARA. Tal vez no pueda disponer de ellos en el momento, y entretanto será preciso hacer uso de la primera cantidad que te entregué.

JOSEF. Eso ofrecerá algunas dificultades, porque la deposité en poder del viejo Araby, y él tal vez la habrá puesto en circulacion para sus préstamos.

SARA. Es necesario que se la pidas: yo quiero sacar á mi hija de la casa donde la has colocado; quiero que sea dichosa y que viva á mi lado. Yo te avisaré mañana para que mandes preparar un carruage, y partiré con ella. A dios, Josefina. Yo sabré recompensar lo que por mi haces.

JOSEF. A dios, señora.

SARA. Hasta mañana. (*En el momento de salir Josefina entra el conde.*)

ESCENA XI.

SARA, REIGNHOLD, KLAUS *en el fondo.*

REIG. Sara: Quién es esa muger?

SARA. Una vendedora de encages, á quien suelo comprar algunos.

REIG. Sara: esa aventura de Lamberg, que has contado hace pocos instantes, ha infundido en mí ciertas sospechas y deseo que me des algunos detalles.

SARA. No tengo inconveniente. Os repetiré lo mismo que habeis oido.

REIG. Perfectamente: yo espero que me contestes á algunas preguntas que pienso hacerte.

SARA. Cuando querais.

REIG. Pues, si estais dispuesta, pasaremos á vuestro gabinete.

SARA. Vamos.

REIG. Vamos. (Esta vez no se escapará el heredero de Blupteaut!)

KLAUS. (*Viéndolos marchar.*) Yo daré aviso á los tres bastardos, á quienes tanto temeis.

ESCENA XII.

GELDBERG, *solo.*

(*Apenas se han retirado de la escena los demas personages, sale Geldberg vestido miserablemente con una gran gorra de visera. Mira con desconfianza á un lado y á otro; cierra con precaucion la puerta de su cuatro y dice.*)

No hay nadie. Ahora soy el usurero Araby. Vamos al Temple.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO II.

CUADRO PRIMERO.

Plaza del Temple: á la derecha la puerta de una tienda de ropas viejas (la de Josefina:) á la izquierda la del judio Araby: en segundo término la casa de Gertrudis. Hipólito Verdier está sentado á la puerta de la tienda de la derecha hablando con su muger.

ESCENA I.

JOSEFINA. HIPÓLITO.

JOSEF. Eres un hombre desnaturalizado: vas á arruinar muy pronto nuestra casa de comercio.

HIPOL. Por qué, muger? Porque me divierto? Porque rio? Qué quieres que haga, si estamos en carnaval? Si veo que los demás se divierten?

JOSEF. Piensas en divertirte, y nada mas.

HIPOL. Pero no ves que he llegado á convencerme de que en este mundo cuanto mas se trabaja, menos se tiene?

JOSEF. Si todos se echaran esas cuentas...

HIPOL. Pero yo puedo echármelas, porque tengo, gracias á Dios, una muger trabajadora, que dirije el establecimiento asombrosamente.

JOSEF. Pues eso no debe ser: los hombres son los que...

HIPOL. Sí, los hombres son los que deben... pero no los hombres que tienen una muger como yo; una alhaja que no tiene precio.

JOSEF. Déjate de zalamerías. Has hecho mi encargo?

HIPOL. Buscar un carruage para esa dama misteriosa, que, segun parece, quiere huir? Y dime: quién es?

JOSEF. Eso es lo que no te importa.

HIPOL. Pues no me ha de importar? Una comision tan delicada!...

JOSEF. Ya la conocerás: pero te encargo mucho que guardes el secreto, y que nadie sepa la direccion que lleve el carruage.

HIPOL. En cuanto á eso pierde cuidado. Yo mismo guiaré el carruage, y yo y los caballos somos ciegos. (*En este momento sale Reignhold, atraviesa la plaza, y da á Hipólito un golpe en el hombro.*) Hola! (*Volviéndose.*)

JOSEF. (*Se retira al interior de la tienda.*) Dios mio! Si sospechará algo su marido?

ESCENA II.

REIGNHOLD. HIPÓLITO.

REIG. (*A Hipólito.*) Qué hay?

HIPOL. Se encontró el pájaro.

REIG. Ya recibí tu aviso. Pero estás seguro?...

HIPOL. Pues no he de estarlo?

REIG. Y le has visto tú?

HIPOL. Yo mismo. Estaba sosteniendo una disputa en el cuartel latino. Sabeis que es todo un calavera? En un momento vió caer sobre su cabeza sillas, mesas... pero nada... no por eso se asustó; al contrario hizo frente á todos ellos... Aquí le tendremos dentro de muy poco.

REIG. De veras?

HIPOL. Yo le dí las señas del Temple, prometiéndole que esta noche podria divertirse, siendo dia de carnaval.

REIG. Perfectamente. No te separes de aquí, y avísame cuando venga. Yo estaré oculto en un carruage, que

haré parar cerca del Temple delante de la iglesia de santa Isabel.

HIPOL. Pero estareis solo?

REIG. No; me acompaña otro, que hará lo que tú no te atreves á hacer.

HIPOL. Habeis de saber que me ha gustado sobremanera el medio que habeis elegido: una pendencia para traerle á un lance de honor.

REIG. Sin embargo; no creo que es el medio mas seguro. Has tenido alguna noticia de los tres hombres rojos, los tres bastardos?

HIPOL. Continúan presos en Francfort: por haber tomado parte en una conspiracion política: no vendran á molestarnos.

REIG. Asi lo espero: aunque sabes que tienen la facilidad de aparecerse.

HIPOL. No hay cuidado.

REIG. Voy á dar una vuelta por la rotonda, á ver si encuentro á ese muchacho; porque ya es la hora, y no debe tardar.

REIG. Vamos.

HIPOL. Vamos (*Vánse los dos.*)

ESCENA III.

JOSEFINA. SARA. OTTO.

SARA. (*Cubierto el rostro con un velo negro atraviesa la escena llena de inquietud, y observando á un hombre embozado que la sigue. Se dirige á la tienda de Josefina.*) Gracias á Dios que te encuentro.

JOSEF. Silencio, señora: vuestro esposo está á corta distancia del Temple.

SARA. Mi esposo! Pues ese hombre que me sigue...

JOSEF. No tengais cuidado: estamos en carnaval. Entrad aquí en mi tienda, y podeis estar tranquila.

SARA. (*Observando siempre.*) Ya se aleja.

JOSEF. Es imposible que nadie os conozca con ese velo.

SARA. Cada instante que pasa, y mientras mas se acerca la hora de llevar á efecto nuestro proyecto, es mayor mi temor. Si mi esposo me sorprendiera!... Si mi padre llegara á saber mi falta!... Estoy segura que me mataria.

JOSEF. Mañana es el dia señalado.

SARA. Mañana sería tarde. Tú no conoces mis padecimientos. Tenemos enemigos encarnizados que tratan de perdernos.

JOSEF. A vos?

SARA. Sí, Josefina; tambien á mí. Esa es una horrible historia. Hace algunos años que tres hermanos bastardos juraron la ruina de mi padre y de sus consocios, pretestando la posesion de ciertos dominios.

JOSEF. Pero para eso habrá jueces...

SARA. Para esos hombres no hay mas que venganza; y la primera ha sido cruel.

JOSEF. La primera?

SARA. Sí, Josefina; yo he sido la primera que he sufrido todo el peso de su venganza. A tí puedo decirlo, porque sabes ya parte de mi secreto, y porque confio en tu fidelidad.

JOSEF. Podeis confiar, señorita.

SARA. Uno de esos bastardos me persiguió con dulces alhagos, haciéndome mil protestas de cariño. Yo me fié de su amor y de sus juramentos, yo le quise y fué bastante cruel para abandonarme y para responder á mi llanto con estas palabras. «Hija del maldito judío de Francfort, ya me he vengado. Estas perdida.»

JOSEF. Es posible!

SARA. Asi fue, Josefina: los tres bastardos han aparecido de nuevo; pero lo que mas aumenta mi temor es que el jóven heredero, á quien ellos protegen, conoce á Noemi, á mi querida hija; y si no la tengo á mi lado, podrá oir algun dia las mismas palabras que oyó su pobre madre. «Hija de Sara, ya me he vengado. Estás perdida.»

JOSEF. Podeis estar tranquila, señorita: yo os aseguro que Noemi no habla jamás con ninguno de los que se acercan á la tienda del buen Araby. (*Señalando la que está enfrente.*

SARA. No importa. Yo quiero que no se separe de mí. Toma, te entrego esa cantidad en billetes. Qué importa la ruina de nuestra casa, si puedo conseguir que mi hija sea rica y feliz?

JOSEF. Pues disponed lo que gusteis.

SARA. Mañana por la mañana te enviaré mis alhajas: por la noche partiremos, y desde mañana trae á Noemi á tu casa.

JOSEF. Lo haré asi; pero conviene que os retireis para no llamar la atencion.

SARA. (*Mirando á la tienda de Araby.*) Hace tanto tiempo que no la veo!

JOSEF. No es fácil que podais verla, porque no estando Araby en la tienda, no se hacen cambios.

SARA. Vamos: no quiero arriesgar por un momento de felicidad el porvenir de mi hija. (*Va á salir y ve á Franz con un paquete bajo del brazo.*) Cielos! No me has dicho que Noemi no hablaba con nadie?

JOSEF. Os lo puedo asegurar.

SARA. Mírale: él es: el protegido de los tres bastardos... el que ama á Noemi.

JOSEF. Pues es la primera vez que ese jóven ha venido al Temple.

SARA. No, no: viene á buscarla.

JOSEF. No lo creais.

SARA. Quiero averiguarlo.

JOSEF. Ocultaos en la tienda, y desde ahi podeis observarlo. (*Sara entra.*)

ESCENA IV.

FRANZ. SARA *en la tienda.* JOSEFINA *á la puerta.*

FRANZ. Pues, señor, estamos bien... esta noche hay un gran baile en el Casino. La condesa no faltará, y yo no podré ir á darla las gracias por sus favores. (*Metiendo la mano en su bolsillo.*) Cinco francos! Poco dinero es para un baile de máscaras! Luego esta gente del Temple es tan tirana... Si yo pudiera reducir esto á plata... (*Mirando su paquete.*) Pero si esta noche concluyo con mis vestidos, qué me queda para mañana? Bah! Está tan lejos el dia de mañana!... Probaremos, á ver... (*Dirigiéndose á Josefina.*) Tendriais inconveniente en comprarme.. (*Desatando el paquete.*)

JOSEF. No, no os incomodeis... aqui no se compran ropas viejas,

FRANZ. Bien, bien; á otra parte. (*Se dirige á la tienda de Araby.*)

SARA. Lo veis? Se acerca á la tienda de Araby.

JOSEF. Como pudiera acercarse á cualquiera otra.

ESCENA V.

Dichos. NOEMI, *apareciendo en la tienda.*

FRANZ. (*Reconociéndola.*) Gran Dios! Noemi!
NOEMI. Eres tú, Franz?
SARA. Lo veis? Mis sospechas eran fundadas.
NOEMI. Es un sueño, Dios mio!
FRANZ. Despues de vivir separados tanto tiempo volverte á ver tan hermosa como siempre. Pero, dime: por qué dejaste á Forbach?
NOEMI. Hay aqui en el Temple una muger llamada Josefina, que fué á buscarme. Yo creí que me llevaria al lado de mi madre; pero al llegar á Paris me dijo: «No teneis madre... es preciso trabajar para vivir...» Y entonces me colocó en casa de este viejo judío que presta dinero á los pobres.
FRANZ. Señal de que tiene un buen corazon.
NOEMI. (*Con frialdad.*) Sí.
FRANZ. Ese anciano puede hacer tu felicidad.
NOEMI. No tengo por que quejarme..
FRANZ. Sin embargo; estás pálida..... Tienes algun sentimiento?
NOEMI. No; ninguno.
FRANZ. Sí, Noemi: tú no eres feliz.
NOEMI. (*Despues de un momento.*) Pues bien, Franz; no puedo ocultártelo... Soy muy desgraciada!
SARA. (Hija mia!)
NOEMI. Si supieras, Franz, que vida la mia: encerrada dia y noche en esa miserable tienda, donde jamás penetra el sol; sometida á las órdenes de un amo cruel, que me niega hasta el alimento.
FRANZ. Ese hombre es un infame: pero no llores; aqui estoy yo para mirar por tí.
SARA. (*A Josefina.*) Me has engañado!
JOSEF. Yo no sabia...
FRANZ. No puedo consentir que permanezcas aquí un solo instante. Tú me seguirás.
NOEMI. No puedo seguirte.
FRANZ. Por qué?
NOEMI. Prefiero mucho mas sufrir, á no verme algun dia despreciada.
FRANZ. Y quién será capaz de despreciarte? A quién tienes

tú que dar cuenta de tus acciones, sino á Dios? Yo juro protejerte como un hermano.

NOEMI. No, Franz, no.

FRANZ. Escúchame, Noemi: yo te amo con la misma ternura que quieren los hombres á su madre, su familia, su patria, y tú debes profesarme igual cariño, porque los dos nos vemos privados de la proteccion de una madre y de nuestra familia: vivamos el uno para el otro, y yo consagraré mi vida á tu felicidad.

NOEMI. Ah, Franz! Franz!

FRANZ. Por Dios, Noemi!

SARA. Voy á llamar á mi hija. (*Va á salir de la tienda, y ve á Reignhold que habla en el fondo con Mira, Hipólito y Yanos.*) Ah! mi esposo! (*Vuelve á entrar en la tienda.*)

ESCENA VI.

Dichos. MIRA. HIPOLITO. REIGNHOLD. YANOS.

YANOS. (*Señalando á Franz.*) Es negocio que se concluye pronto. (*Se va aproximando hacia Franz.*)

NOEMI. Por muy cruel que sea el amo á quien sirvo, me da de comer, y debo avisarle antes de abandonar su casa.

FRANZ. Bien: voy á buscarle; y yo le enseñaré... (*Va á volverse y tropieza con Yanos, que se ha colocado detras de él.*)

YANOS. Antes de enseñar á nadie, podriais aprender á tener mas política.

FRANZ. No será de vos de quien la aprenda. Qué haciais detras de mí?... Pero no me engaño... Sois el coronel Yanos!

YANOS. Y vos el bribonzuelo, á quien Reignhold echó de su casa.

NOEMI. Por Dios, Franz!

FRANZ. Y qué es lo que buscais á mi lado?

YANOS. Vi á esa muchacha; me pareció muy linda, y me acerqué para darla un abrazo. (*Va á aprximarse á Noemi y Franz se lo impide.*)

FRANZ. Deteneos, señor Yanos. Y tú, Noemi, retírate. (*Noemi entra en la tienda.*)

YANOS. (*Va á cogerlo por el brazo. y Franz le da un bofeton.*) Aparta, ó...

FRANZ. Miserable!... (*Yanos da un grito de cólera.*)
REIG. (*En el fondo.*) Perfectamente.
MIRA. Tenemos lance.
YANOS. Caballero, tengo la eleccion.
FRANZ. Como gusteis.
YANOS. Mañana á las seis en el bosque de Bolonia.
FRANZ. No me esperareis mucho tiempo.
YANOS. Confio en que será asi.
REIG. Bien, coronel!
YANOS. (*Yanos se retira, y al pasar por delante de los demas dice.*) Mañana le mataré.
REIG. (*A Hipolito.*) Estoy seguro de ello. Tú no le pierdas de vista, para que no falte á la cita.
HIPOL. No es hombre de ese temple. (*Se van todos.*)

ESCENA VII.

FRANZ. NOEMI. SARA. JOSEFINA *en la tienda.*

NOEMI. Franz! Qué es lo que has hecho?
FRANZ. Queria insultarte y ahora es necesario mas que nunca que yo te saque de aqui.
NOEMI. Ahora menos que nunca.
FRANZ. (Tiene razon: si yo muero, qué será entonces de ella?) A Dios, Noemi: hasta mañana.
NOEMI. Me prometes no batirte?
FRANZ. Qué disparate! Prometo matarle. Dios me protejerá.

ESCENA VIII.

Es de noche: dan las siete: las tiendas del Temple se van cerrando. Dichos. ARABY.

ARABY. Noemi! Noemi!
NOEMI. No oyes? Es mi amo.
ARABY. Como es eso! La tienda abierta todavía! (*Viendo que la puerta está abierta: á Noemi.*) Asi ganas el pan que comes? Todo el mundo ha de conspirar para asesinarme. Y este paquete que has dejado caer? (*Cogiendo el paquete que llevaba Franz, que está en el suelo.*

FRANZ. Son mis vestidos, que me pertenecen.
ARABY. Ah! Tomad.
FRANZ. Si quisierais hacerme el favor de comprármelos?
ARABY. Imposible: ya ha pasado la hora.
FRANZ. Pero...
ARABY. Ya os he dicho que es imposible... (*A Noemi.*) Y tu cierra la tienda, y al momento acuéstate; con eso no necesitas gastarme luz. (*Noemi entra y cierra. Araby se retira.*)

ESCENA IX.

FRANZ. JOSEFINA. SARA. GERTRUDIS. HIPOLITO. *Despues* OTTO. ALBERT. GOEZ, *envueltos en sus capas encarnadas.*

FRANZ. Ahora necesito mas que nunca dinero, y son mayores los obstáculos para adquirirlo... Vamos á ver si alguno quiere estos vestidos.
OTTO. (*Deteniendole.*) Perdonad, caballero: he observado que queriais dar salida á esos vestidos. Yo os aconsejaria que entraseis en casa de Hans Dorn. y él os sacará tal vez de cualquier apuro.
FRANZ. (*Llama en casa de Hans.*) Os doy gracias por el aviso. (*Otto hace señas á Albert y Goez, y habla con ellos, señalando á Franz.*)
SARA. (*En la tienda.*) Todos se han retirado: la vida de ese jóven peligra, y yo quiero salvarle!
GERT. (*En la ventana á Franz.*) Sois vos el que habeis llamado?
FRANZ. Sí, señora. Se puede ver al señor Hans?
GERT. No ha venido todavia. Pero voy á abriros, y podeis esperarlo.
SARA. (*Con el velo echado. pasando á el lado de Franz.*) Por vos y por Noemi...
FRANZ. (*Volviéndose.*) (Noemi!)
SARA. Asistid esta noche al baile del Casino. (*Sara se retira y Franz se queda asombrado.*
FRANZ. Esta noche!
GERT. (*Abriendo la puerta.*) Podeis entrar.
FRANZ. (*Entra.*) Gracias.
HIPOL. (*Sale y ve á Franz que entra en casa de Hans.*) Qué irá hacer ese jóven en casa de Hans? Bueno será no perderlo de vista.

OTTO. (*Despues que entra Hipólito en casa de Hans dice á Albert y Goez que le acompañan.*) Ya estamos á el lado del hijo de nuestra hermana para protegerle, gracias á nuestros carceleros, somos libres y podemos mirar por su vida: pero no olvideis que hemos prometido volver á presentarnos en nuestras prisiones, cuando haya transcurrido un mes, y la palabra de los tres bastardos de Blupteaut es sagrada: no perdamos tiempo! Esta noche al baile del Casino! (*Vánse.*)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.





CUADRO SEGUNDO.

(El Casino. Sala amueblada con lujo é iluminada: algunas mesas para servir comidas; á la izquierda la puerta de un gabinete: á la derecha otro gabinete: puerta al foro, otra segunda puerta á la izquierda.)

ESCENA I.

REIGNHOLD, MIRA, YANOS.

MIRA. Qué gran concurrencia!

YANOS. Reignhold se ha empeñado en traerme aqui esta noche.

REIG. Nuestra presencia en el baile es sumamente útil. Cualquiera que nos vea con la frente levantada y la sonrisa en los lábios, no podrá sospechar de nuestra falta de crédito, ni de la crisis metálica que nos agovia. Señores, conviene que sigais mis consejos. Os dije que los pagarés de Nesmer no se presentarian, y ya veis si he acertado.

MIRA. Sí; pero y el hijo del diablo?

YANOS. Desde mañana no nos incomodará. A las siete: en el bosque de Bolonia: no olvidareis la hora.

MIRA. No la olvidaré.

REIG. Ese muchacho morirá indudablemente.

YANOS. Estoy seguro de ello. Pero, se me figura que hemos paseado bastante y que los concurrentes nos han visto ya, como Reignhold dice con la sonrisa en los lábios. Ahora convendria descansar y destapar algunas cuantas botellas.

MIRA. El baile nos ha hecho abandonar los demas salones, y creo que nos veremos obligados á abandonar este tambien. Asi pues, creo lo mas acertado retirarnos á un gabinete.

REIG. Tienes razon. Mozo! (*Se presenta un mozo.*) Un gabinete y tres cubiertos.

MOZO. (*Abre el gabinete de la izquierda.*) Podeis ocupar este.

ESCENA II.

FRANZ, OTTO, *Despues* REIGNHOLD.

FRANZ. (*Sale de dominó negro, seguido de Otto.*) Es singular! No puedo dar un paso, sin que me sigan dos, ó tres enmascarados. (*Señalando á Otto, disfrazado con el trage de...*) Este sobre todo es el mas molesto. (*Se oyen algunos golpes para llamar á el mozo, en el gabinete en que entraron Reignhold, Mira y Yanos.*)

OTTO. (*Acercándose á Franz.*) Máscara: me conoces?

FRANZ. No te conozco: pero quisiera...

OTTO. Dame el brazo, y pronto nos conoceremos.

FRANZ. Estás decidido á no dejarme en paz en toda la noche? Por tí he perdido hace poco un dominó azul.

OTTO. No te apures por eso: otros habrá y de distintos colores.

FRANZ. No importa: el azul me agradaba mas.

OTTO. Ten paciencia.

FRANZ. Acabemos de una vez: si os proponeis perseguirme, es preciso que la broma tenga un término. Me conoceis? (*Quitándose la máscara.*)

REIG. (*En este momento sale Reignhold del gabinete llamando á un mozo, y vé á Franz.*) Franz!

OTTO. (No me equivoqué: era él.) (*Alto á Franz.*) Dispensadme caballero. Veo que me he engañado. Estoy á vuestras órdenes. (*Se retira por el foro.*)

FRANZ. Gracias á Dios que me encuentro solo: voy á buscar mi dominó azul. (*Va á dirigirse hacia el foro, y sale Sara de dominó azul.*) Ella es!

SARA. El es!

FRANZ. (*La dá el brazo.*) Por fin te encuentro otra vez, hermosa máscara. Qué tienes? Tú tiemblas! Temes acaso la mirada celosa de un amante?... Ven conmigo á este gabinete, y nadie nos incomodará.

SARA. (Qué he de hacer, Dios mio! Va en ello la felicidad de mi hija!)

FRANZ. Nada me dices?

REIG. (*Observándolos.*) (Si yo pudiera oir su voz!)

YANOS. (*Saliendo del gabinete con Mira.*) Pero, conde, qué haceis ahí? Os estamos esperando. (*Reignhold les hace señas para que callen.*)

SARA. Cielos! Mi marido!

FRANZ. (*Que ha advertido la conmocion de Sara, vuelve la cara para saber la causa, y reconoce al conde.*) Se ha asustado al ver al conde!... Si fuese ella!... venid, señora, venid: en esta sala no estais tranquila. (*Se retiran por una de las puertas de la galería del fondo.*)

YANOS. (*A Reignhold.*) Pero qué teneis?

REIG. Habeis visto ese dominó azul?

MIRA. Un lindo talle por cierto.

REIG. Se me figura que es la condesa.

MIRA. Estais loco?

REIG. Dejadme .. quiero averiguarlo.

YANOS. Vais á dar un escándalo.

REIG. No, no; se han marchado huyendo de mí.

MIRA. Coronel: no le dejeis salir, y yo me encargo de saber quien es esa máscara.

ESCENA III.

REIGNHOLD. MIRA. YANOS. OTTO. (1)

OTTO. (*Colocándose en la puerta por donde salieron Franz y Sara.*) (La condesa nos es demasiado útil, para permitir que estos hombres la molesten.)

REIG. Vamos.

---

(1) En este cuadro deberán vestir OTTO, ALBERT y GOBZ, tres trages iguales de cualquiera época.

MIRA. (*A Otto.*) Caballero: si me haceis el obsequio de dejarme pasar.

OTTO. (*Cruzándose de brazos.*) Señor doctor Mira conservais todavia vuestro famoso elixir, que con tanta facilidad abre el camino para la otra vida?

MIRA. (*Lleno de terror retrocede.*) Cielos!

YANOS. Qué es eso, doctor? Paso, máscara. (*A Otto que se presenta tambien á impedirle el paso.*)

OTTO. Yanos Georgy: pensais batiros mañana con la misma espada con que matásteis á el conde Ulrrico de Blupteaut?

YANOS. Qué oigo?

REIG. Pero, señores: qué quiere ese hombre?

OTTO. Conde Reignhold; os acordais del antiguo presidiario Regnolt? (*Otto desaparece.*)

REIG. Señores: es preciso seguir á ese hombre.

MIRA. Por allí.

YANOS. Sí, vamos. (*Se van los tres.*)

ESCENA IV.

FRANZ *y* SARA *por la derecha.*

FRANZ. Linda máscara: dices que tienes muchas cosas que contarme, y á pesar de esto te niegas á seguirme?

SARA. No queria volver á esta sala.

FRANZ. Ya se han retirado los que tanto te asustaban.

SARA. Y si vuelven?

FRANZ. No hay mas remedio que entrar en ese gabinete. (*Entran en el gabinete de la derecha.*) Mozo! Pronto, una cena.

ESCENA V.

OTTO *entra y se sienta junto á una mesa.*

Mozo, mozo! un bistek y una botella de Burdeos. Perfectamente: ya no pienso perderlos de vista. El pobre muchacho va á caer en el lazo que le preparan esos infames, pero, no será mientras yo viva. Es preciso alejarle de aquí, y sobre todo es necesario que los tres asesinos de mi hermano no salgan de estos salones. Pensemos primeramente en que Franz

se marche. Mozo, mozo! (*Sale el criado.*) ven acá, tú tienes cara de hombre listo: aquí tienes 25 francos si adelantas una hora el reló que está en ese gabinete.

CRIADO. Voy al momento. (*Entra en el gabinete.*)

OTTO. Cuando vea Franz que es la hora de la cita, no se detendrá un momento...

CRIADO. (*Saliendo.*) Estais servido.

OTTO. Toma lo ofrecido: dame la cuenta.

CRIADO. Tomadla.

OTTO. (*Pagando.*) Estamos en paz. (*Retirándose.*) Vamos á buscar á mis dos hermanos.

ESCENA VI.

FRANZ. SARA.

FRANZ. Son las seis y media. A las siete debo batirme. Mozo, mozo!

SARA. Oh! No puede ser!... No os separareis de mi lado.

FRANZ. Y faltar á mi palabra!
Pasar yo por un cobarde!

SARA. No, Franz, no ireis: si amais á Noemi... debeis mirar por vuestra vida, para protegerla.

FRANZ. Sí, la amo; pero no podré vivir deshonrado.

SARA. (*Asiéndole del brazo.*) No, no saldreis.

FRANZ. Dejadme, dejadme. Mi honor es lo primero. (*Vase por la izquierda del foro.*)

SARA. No, no; yo debo seguirle. Dios mio! Dios mio! salvad al protector de mi pobre hija. (*Le sigue.*)

ESCENA VII.

YANOS. REIGNHOLD. MIRA, *entran por el foro derecha.*

REIG. Son las seis de la mañana y ese jóven no ha salido todavía de estos salones.

MIRA. Yo me he colocado en la puerta, y hace algunos instantes no habia dejado el baile.

REIG. Y qué haremos? Yo temo que no acuda á la cita, y que quedemos burlados.

YANOS. Yo no lo creo: me ha parecido un muchacho resuelto, y que no tiene nada de cobarde.

MIRA. Sin embargo pudiera no ir, y en ese caso nada habriamos adelantado.

REIG. Entonces no podemos perder tiempo: acudamos al lugar de la cita; y si no se presentara, le perseguiremos hasta concluir con él.

MIRA. Vamos.

TODOS. Vamos. (*Al dirigirse á la puerta del foro, se presentan Otto, Albert y Goez: traeran capas sobre sus trages, y caretas negras ó encarnadas.*)

ESCENA VIII.

Dichos. OTTO. ALBERT. GOEZ.

OTTO. Deteneos, señores; no teneis necesidad de ir al bosque de Bolonia.

TODOS. Cielos!

OTTO. Teneis una cita para matar á un pobre muchacho... La espada del Madgyar Yanos Georgy es digna, segun dice él, de acometer únicamente grandes empresas. No creo que sea una gran hazaña asesinar á un niño.

YANOS. Caballero...

OTTO. Poco á poco: no hay que dar voces. (*A sus hermanos.*) Cerrad antes esas puertas. (*Las cierran.*)

REIG. Si no nos decís quien sois...

OTTO. Y qué os importa? Vamos á lo que interesa. Señor Yanos Georgy, quereis cruzar vuestra espada con la mia?

REIG. Pero tratais de impedir...?

OTTO. Eso mismo: son las siete de la mañana: es la hora de vuestra cita, y trato de impedir que vayais á matar á el heredero de Blupteaut; al Hijo del Diablo, que tanto os asusta.

YANOS. Es decir que buscais un lance?

OTTO. Yo no le busco: la cuenta que tenemos pendiente es bien antigua.

YANOS. Un lance mas ó menos.

MIRA. Pero no veis?...

REIG. Eso es imposible.

YANOS. (*A Mira y Reignhold.*) Dejadme: (*A Otto.*) Quitaos la máscara, y decidme vuestro nombre.

OTTO. No quiero decíroslo: pienso batirme enmascarado.

REIG. Este es un complot fraguado entre vos y el adversario del coronel.

OTTO. Silencio, caballero: yo no hablo con vos.

MIRA. Nosotros somos los testigos del coronel y no podemos consentir...

OTTO. Muy bien: si es que quereis ocupar su puesto antes que él, en ese caso... (*Mira retrocede.*)

YANOS. Por última vez. Quién sois? De lo contrario...

OTTO. No os batireis conmigo? Pues bien: yo os recordaré cosas que os harán empuñar la espada, y si no procurais hacerme callar, matándome, pienso publicar por todas partes...

REIG. Cuáles son vuestros testigos? No tenemos armas.

OTTO. (*Señalando á sus dos hermanos.*) Testigos! Ahi los teneis. Armas! (*Se acerca á uno de ellos: este se desemboza y le presenta dos floretes.*) Aqui estan. Nos batiremos á muerte. Uno de los dos ha de quedar en esta sala. Todos tenemos obligacion de proteger al que quede con vida. Aprovechémonos del ruido del festin, y mientras la policía hace sus pesquisas, para averiguar quien es el cadáver que se encuentre en esta sala, pueden haber sucedido otras cosas muy estraordinarias. (*A Reignhold y Mira.*) Señores, atras. Vos, señor coronel, escuchadme. (*Hablando á media voz.*) Yanos Georgy: tú has contado á esos hombres que habias abandonado la Hungria por haber muerto en desafio al hermano de una jóven noble á quien seduciste. Yanos Georgy; has mentido villanamente. Tú mataste al conde de Rosamberg, antes de ponerse en guardia... tú le asesinaste .. eres un infame.

YANOS. Miserable!

OTTO. Yanos Georgy; te has alabado de haber muerto en desafío al conde Ulrrico de Blupteaut... Tambien has mentido... Tú le asesinaste al coger su espada: eres un infame.

YANOS. Una espada, pronto, una espada!

REIG. Pero coronel!...

YANOS. No escucho nada... una espada.., es la misma voz de ese hombre que antes nos impedia el paso. Es preciso que muera.

OTTO. (*Le presenta las dos espadas.*) En guardia!

YANOS. En guardia! (*Principia el combate. Yanos lleva ven-*

taja sobre Otto; pero á pacos instantes recibe Yanos una estocada en el costado y cae.) Ah!

REIG. Qué decis?

MIRA. (*Se aproxima á reconocer la herida.*) No tiene remedio.

OTTO. (*A Mira y Reignhold.*) Huid de aqui al momento: ese hombre me pertenece... (*Hinca una rodilla en tierra al lado de Yanos.*) Yanos Georgy... Mírame. (*Se quita la máscara.*) Soy uno de los tres bastardos de Blupteaut. (*Se levanta.*)

YANOS. (*Horrorizado*) Ah! Otto! Perdonadme! (*Muere.*)

(*Cae el telon y en el mismo momento Otto se dirige con sus hermanos á la puerta.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO III.

CUADRO PRIMERO.

Interior de la tienda de Araby en el Temple, llena de ropas y muebles viejos y antiguos: puerta á la izquierda y derecha: otra en el fondo que da á la tienda, desde donde se ve la plaza de la Rotonda: una ventana á la derecha en primer término. A la izquierda en segundo término un armario.

ESCENA I.

NOEMI.

Dios mio! Por qué me abandonais así? Por qué quereis que sufra yo tantas miserias? Por qué me tratais con tanto rigor? He soportado, sin quejarme, el hambre y el frio; pero no será igual mi sufrimiento, si me quitais el único protector que me queda en el mundo! Franz! Franz! Ya ha pasado la hora en que debia batirse! Tal vez habrá caido bajo el puñal de sus asesinos! Salvadle, Dios mio! Salvadle! Oh! él es... mi amo. (*Se oye ruido.*)

ESCENA II.

ARABY. NOEMI.

ARABY. Qué haces ahí, perezosa? Te tengo yo en mi casa, para que estés mano sobre mano?

NOEMI. Estoy enferma, señor: las fuerzas me faltan.

ARABY. (*Dirijiendose á ella.*) Yo te daré fuerzas con mi látigo.

NOEMI. Piedad, señor, piedad!

ARABY. Cuidado con que te vuelva á suceder. Voy á abrir la tienda: hoy es dia de gran negocio: habrá muchos empeños.

NOEMI. Voy á prepararos el desayuno. (De este modo podré salir para saber de Franz.)

ARABY. No, es ya tarde: tú tendrás ya gana: pues, mira, no tienes necesidad de comprar nada: tu amiga Josefina, la vendedora de encages, te traerá de almorzar como acostumbra. Esa muger es muy despilfarradora, y tendrá que concluir mal. Oye..... Si te regalára bastante almuerzo, guarda algo, y me ahorras el gasto de mañana:.. basta ya de conversacion, perezosa, y vamos á tu labor.

NOEMI. Si me permitierais salir un momento...

ARABY. Salir!...

NOEMI. Por muy poco tiempo.

ARABY. Salir! Quiéres salir? Y, qué significa ese empeño?.. Tú me has robado; tu quieres sacarlo de esta casa y por eso deseas salir.

NOEMI. Dios mio! Dios mio! Qué he hecho yo, para que me trateis con tanta crueldad?

ARABY. Basta yá: ponte á trabajar, y cuidado con salir de casa. (*Sale por el fondo por la puerta que conduce á la tienda.*

ESCENA III.

NOEMI. *Despues* JOSEFINA.

NOEMI. No hay remedio: es preciso tener paciencia, y vivir en la misma incertidumbre. Sin saber del pobre

Franz! (*Se oye llamar en la puerta pequeña del foro.*) Han llamado á aquella puerta... no: yo no me atrevo á abrir.

JOSEF. (*Dentro.*) Noemi!

NOEMI. Es la voz de Josefina! Me traerá tal vez un pedazo de pan!

JOSEF. Noemi, abre: traigo noticias de Franz.

NOEMI. De Franz! (Ah! Dios mio! vive, y no me ha olvidado.) Esperad un momento. (*Abre la puerta pequeña y sale Josefina.*)

JOSEF. Por qué no abriste antes?

NOEMI. Estaba ocupada... No habeis dicho que me traiais noticias de....

JOSEF. Sí, de Franz. Ese jóven es muy honrado, y no te olvida.

NOEMI. Pero, le habeis visto?

JOSEF. No, no le he visto; pero voy á contarte lo que me ha sucedido. Hipólito, mi esposo, tenia curiosidad de saber para qué habia entrado Franz en casa de Hans: yo traté de disuadirle, pero él se empeñó en que yo habia de averiguarlo, y que con cualquier pretesto me introdujera en casa de nuestro vecino. Entré efectivamente, y encontré á ese jóven empeñando sus vestidos. Hans le dió por ellos una cantidad regular, y Franz hizo luego dos partes, diciéndole: «Si mañana á las nueve no he vuelto á vuestra casa, entregaréis ese dinero á Noemi, la jóven huérfana, que habita en la tienda del judío Araby.

NOEMI. Y no ha vuelto?

JOSEF. Esperad: yo me salí, y fuí á dar cuenta á Hipólito del objeto de la visita de Franz, y mi marido entró entonces en casa de Hans.

NOEMI. Pero, no ha vuelto?

JOSEF. He tratado de informarme, pero todavia no ha vuelto. Hans me dió ese dinero para que te lo entregára.

NOEMI. Muerto! Dios mio!

JOSEF. No; no hay cuidado: ya se que tenia que asistir á un desafio; pero él es valiente y...

NOEMI. No, no: habrá muerto. Soy muy desgraciada! Marchaos antes que venga mi amo.

JOSEF. No, hija mia; pronto pienso sacarte de aquí.

NOEKI. De veras?

JOSEF. Sí, muy pronto: espero solamente que Araby me

entregue una cantidad, que le dí á guardar... Silencio... aquí viene... (*Sale Araby.*)

ESCENA IV.

Dichas. ARABY.

ARABY. Qué es eso? Quién os ha permitido entrar hasta aquí?

JOSEF. Señor Araby: venia por el dinero que os entregué á guardar: me disteis una letra contra el baron de Geldberg, diciéndome que al momento me lo entregarian; pero nada he podido conseguir.

ARABY. Marchaos de aquí, vieja embustera: yo no os debo nada.

JOSEF. (*Ap. á Noemi*) Procura esta noche ir á mi tienda, y podré darte alguna buena noticia.

ARABY. Marchad, os digo: y tú, Noemi, quítate de mi presencia, y no vuelvas á hablar de esta muger.

JOSEF. No penseis que vais á intimidarme con vuestras voces. Acudiré á los tribunales, y veremos si el judío Araby se atreve á negarme entónces el dinero, que yo misma le he entregado.

ARABY. (*Llevándola por un brazo hasta la puerta.*) Fuera de mi casa.

ESCENA V.

ARABY. *Despues.* OTTO.

Qué dia, Dios de Israel! Parece que todas las furias conspiran contra nosotros... Reignhold arruinado!... Nuestro crédito próximo á perderse. (*Se dirige á la percha, y detrás de la ropa abre una pequeña puerta en la pared y saca una caja.*) Voy á ver mi dinero... voy á verle: este es el único consuelo que me queda. Aquí está: aquí le tengo... nadie sabe que poseo todavia grandes cantidades, y que puedo figurar como uno de los primeros banqueros... Y he de dar yo este dinero á Reignhold, para que lo arriesgue en una jugada, que si bien puede hacerme poderoso, puede tambien arruinarme. No, no... (*Abrazando el

cajon.) Mi oro... yo no quiero mas especulaciones... quiero mi oro y nada mas. (*Se oye ruido.*) Quién? Quién es? Quién viene á robarme? (*Guarda precipitadamente el cajon.*) Quién sois?

OTTO. (*Sale con el trage de un viejo aleman.*) No es esta la tienda del señor Araby?

ARABY. No: no sé quien es.

OTTO. Pues si me han dicho que es esta.

ARABY. Os han engañado.

OTTO. Creo que sois vos el que me engañais. Vamos, decidme la verdad. Soy Ysaac Fuster, de Francfort.

ARABY. Ysaac Fuster!

OTTO. Qué, no me conoceis ya?

ARABY. Es verdad, sí. Esa barba rubia... (*Cierra la puerta y vuelve á su lado.*) Hace veinte años que no os veia, y no es estraño. (Este hombre es bastante rico. A qué vendrá á verme?)

OTTO. Parece que vuestros negocios no van mal?

ARABY. Ay, hermano! Los tiempos están muy malos!

OTTO. Lo mismo sucede entonces en París que en Francfort; pero tengo todavia un gran capital, que pienso consumir tranquilamente los dias que me queden de vida.

ARABY. (Respiro! No viene á pedirme dinero!) Con que deciais que venis á emprender algunos negocios?

OTTO. Sí, negocios de bolsa.

ARABY. Cuidado que hay mucho bribon. Si quereis os puedo indicar algunos negocios muy buenos.

OTTO. Decidme.

ARABY. Conoceis ya el Temple?

OTTO. Sí.

ARABY. El Temple está en alquiler, y el que lo ha tomado, da por él cuatrocientos mil francos cada año, y saca cien mil mas de sus inquilinos.

OTTO. Será un buen especulador.

ARABY. A el contrario: es un necio, porque puede ganar muy bien doscientos mil.

OTTO. Pues es un buen negocio.

ARABY. El que este año lo ha tomado en arrendamiento, tiene necesidad de reunir fondos; y si le dieran en el acto doscientos mil francos, indudablemente cederia en vuestro favor la escritura.

OTTO. Perfectamente: quiere decir, que yo aprontaré la mitad de esa cantidad, y vos la otra mitad, y despues partiremos las ganancias.

ARABY. Bien, partiremos.. pero vos aprontais toda la cantidad.

OTTO. No puede ser.

ARABY. Yo proporciono el negocio, que lleva en sí tanto valor como la cantidad aprontada.

OTTO. Bien, bien: no reñiremos por eso.

ARABY. Es decir que aceptais?

OTTO. Lo acepto: pero me queda únicamente una dificultad; el no tener fondos disponibles.

ARABY. Lo creo; pero supongo que tendreis valores...

OTTO. Una letra que quisiera descontar.

ARABY. Qué cantidad?

OTTO. Ciento treinta mil francos, sobre una casa acreditada, si quereis tomarla.

ARABY. Yo no puedo; pero tengo amigos... El baron de Geldberg.

OTTO. El baron de Geldberg entraria en el negocio? Es rico?

ARABY. Seguramente.

OTTO. (*Sacando una cartera*) Bien: en ese caso, podrá hacerse efectiva esta letra de ciento treinta mil francos sobre la casa de Reignhold, Geldberg y compañía. (*La presenta á Araby, y este va á tomarla.*) No; no... desde lejos...

ARABY. (*Leyendo á parte.*) Es una de las letras á favor de Nesmer... Bien, y quién os ha dado esta letra?

OTTO. Rodach, su sobrino.

ARABY. Hola, hola; está en Francfort?

OTTO No; está viajando por la América, y antes de partir me dejó esta letra.

ARABY. Y la habeis presentado?

OTTO. Sí, y está protestada.

ARABY. Con que Reignhold está arruinado?

OTTO. Asi parece; pero me queda por visitar al baron de Geldberg, que dicen que tiene muchos millones.

ARABY. Cómo! No está tambien arruinado?

OTTO. Entonces será mucho mejor.

ARABY. Por qué?

OTTO. Porque si no paga, le perseguiré; y entonces se descubriran otras cosas.

ARABY. Qué otras cosas?

OTTO. He sabido que el baron, no contento con especular en su casa de comercio, ha abierto un pequeño establecimiento de préstamos, y bajo otro nombre.

ARABY. Es mentira.

OTTO. Qué inocente sois, mi buen Araby!
Con qué no lo sabiais, habitando precisamente en el Temple?

ARABY. En el Temple?

OTTO. Hay mas todavía: el baron de Geldberg no es tal baron.

ARABY. Cómo!

OTTO. Sino un antiguo judío, que se llama Moses Geld.

ARABY. Pero...

OTTO. Por eso pienso cobrar mis doscientos mil francos; y si no me los da al momento, le exigiré trescientos mil.

ARABY. Pero eso es una infamia! Sois un hombre...

OTTO. Como vos... un hombre que ama entrañablemente el dinero.

ARABY. Venga acá la letra: yo debo grandes favores al baron y quiero sacarle de este compromiso. Vendédmela

OTTO. Poco á poco mi buen hermano: ó la deuda es buena, y vale efectivamente los ciento treinta mil francos, ó no vale nada, y en ese caso no quiero robaros... Prefiero presentarla entonces á los tribunales.

ARABY. Os daré doscientos mil francos.

OTTO. (*Dirigiéndose á la puerta.*) Nada.

ARABY. Cuarenta mil. . sesenta mil.

OTTO Es decir que puede pagarla, que la letra es buena... Nada, voy á presentarla á los tribunales.

ARABY. Esperad. (Perro judío!)

OTTO. Yo no estaba seguro de que el baron fuera el mismo Moses del Temple, y en ese caso estoy resuelto á perseguirle, como no me entregue en el momento los ciento treinta mil francos.

ARABY. Bien; espera: voy á dártelos. Espera; pero no vuelvas la cara (*Se dirige hácia el cajon oculto detras de la puerta.*) (Pícaro Isaác, siempre has sido tirano y usurero.) (*Mientras abre.*) El infame Nesmer nos ha arruinado! (*Contemplando el dinero.*) Es posible que tenga que entregar este dinero... que pierda en un momento una cantidad tan crecida?... (*Se vuelve y le da en billetes su dinero.*) Toma tu dinero.

OTTO. Aqui está la letra. (*Lo toma al mismo tiempo. Otto guarda los billetes en el bolsillo sin contarlos,*)

ARABY. (*Lo observa, y dice de repente lleno de terror, á parte.*) Oh! No los ha contado! Vos no sois Isaác Fuster.

OTTO. (*Tomando una actitud natural y dejando de fingir la voz.*) Yo soy Isaác Fuster, como vos el judío Araby.

ARABY. Qué decis?

OTTO. Señor baron de Geldberg: cuando se haya concluido este dinero, vendré á pediros mas. (*Sale por la puerta del fondo.*)

ESCENA VI.

ARABY, *solo.*

El baron de Geldberg ha dicho! Quién es ese hombre? Estoy perdido! Arruinado!... Es preciso huir! No, huir, cuando los dominios de Blupteaut van á ser mios, cuando voy á descubrir el tesoro que está oculto en la fatal morada!... Morir! cuando Yanos habrá matado á estas horas en desafio á el infame Franz; á ese jóven que es la causa de todos nuestros males. Sara! Sara! Tú eres la culpable! Tú exigistes que ese niño no muriera, y yo accedí á tus súplicas. Pero quién ha revelado este secreto? Quién ha dicho?.... Me han espiado!... Si yo supiera!

ESCENA VII.

ARABY. *Despues* NOEMI. *Despues* FRANZ. *Despues* SARA.

ARABY. (*Viendo salir á Noemi.*) Ella ha sido. Ven acá, desgraciada. Acaban de robarme, y tú debes saber quien es. Tú has sido cómplice.

NOEMI. Yo!

ARABY. Tú me has espiado. . tú has dicho que yo tenia dinero. Pronto, pronto; dime la verdad.

NOEMI. (*Cayendo de rodillas.*) Matadme, señor, matadme. . no tengo fuerzas para sufrir tanto. (*Va á sacar un pañuelo y cae al suelo el bolsillo con dinero, que le dió Josefina.*)

ARABY. Qué es eso? Ese dinero!... Es el mio.

NOEMI. Este dinero me pertenece.

ARABY. Me lo has robado: tú conoces á el infame...

NOEMI. Piedad! Piedad!

ARABY. Dame los ciento treinta mil francos... todos... (*exasperado.*) damelos todos.

NOEMI. Franz! Franz!

ARABY. Tambien conoces á ese miserable!... Y todos estabais ligados para perderme.

NOEMI. Salvadme, Franz!

ARABY. Franz ha muerto, y tú vas á morir ahora.

FRANZ. (*Sale de repente y se coloca entre Noemi y Araby.*) Atras miserable!

NOEMI. (*Se arroja en los brazos de Franz.*) Ah!

ARABY. El hijo del diablo! (*Lleno de cólera, levanta el báculo sobre la cabeza de Franz, pero este le sacude y le arroja en el suelo á larga distancia.*)

FRAN. Infame.

NOEMI. Déjale Franz; déjale, y húyamos de esta casa.

FRAN. Sí, vámonos: abandonemos á ese miserable: yo te protegeré mientras viva. (*Salen por la puerta del foro.*)

ARABY. Perdido!... (*Hace un esfuerzo para levantarse.*) Arruinado! Ah! No puedo!... (*Vuelve á caer desmayado.*)

SARA. (*Por la puerta izquierda.*) Dejadme... dejadme... Es la voz de mi hija! (*Reconoce la habitacion, y viendo á Araby en el suelo, se aproxima á él.*) Cielos! Mi padre! Padre mio! Padre mio! (*Cae de rodillas al lado de su padre.*)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

Gran salon en casa de Reignhold: á la izquierda una mesa grande redonda, cubierta de papeles. Puerta al fondo. Dos laterales.

ESCENA I.

REIGNHOLD, GELDBERG, MIRA, ACCIONISTAS. REIGNHOLD *está en pie detras de la mesa*: MIRA *sentado á su izquierda; el baronde* GELDBERG *á su derecha. Los acionistas están sentados al rededor de la mesa.*

REIG. Sí, señores: tenemos entre nosotros un hombre de grandes conocimientos. (*Señalando á Geldberg.*) Vedle aquí.

GELD. (*A Reignhold.*) Caballeros...

REIG. No insistiré en hacer su elogio, porque no quiero herir su rara modestia.

ACCIONIS Oh!

REIG. Abreviaré. pues que todos me habeis comprendido: Señores. los grandes capitales son desconfiados, digámoslo así, y por consiguiente inmóviles; pero los capitales pequeños son fáciles de poner en movimiento. Pedid, si no un millon al mas rico capitalista de París, para socorrer á la sociedad que sufre. y

nadie logrará arrancárselo. Por el contrario, recurrid á los pobres de la capital; pedidles un sueldo por dia, y todos se apresuraran á dároslo. Ya veis. Un sueldo por dia pedido á cada uno de los proletarios, importa nada menos que veinte mil francos diarios, ó lo que es lo mismo, mas de nueve millones de francos al año. Diez millones por año! Lo ois? Con los cuales abrireis talleres, etc., etc.

TODOS. Sí, sí.

REIG. (*Señalando unos papeles.*) He aqui los detalles de las operaciones: podeis enteraros...

MIRA. (*Levantándose.*) Señor conde; no puedo menos de manifestaros mi admiracion.

GELD. (*Levantándose.* Señores.

TODOS. (*Unos á otros.*) Silencio.

GELD. Me siento demasiado conmovido... para...

TODOS. Bien; bravo!

GELD. (*Poniendo una mano sobre su corazon.*) Y creed que esta es la mas dulce recompensa que pudierais dar á mis largos años de estudio y de trabajo! (*Muestras de aprobacion.*)

MIRA. (*Con fingido entusiasmo.*) Señor baron; señor conde; cuento con mil acciones. (*Todos se levantan: unos rodean al baron colmándole de enhorabuenas, otros á Reignhold.*)

REIG. Poco á poco, doctor; no sé si podré concederos tantas. Tengo ya comprometidas mas de cinco mil, de los beneficios de la empresa.

MIRA. Bien; reduciré mi pedido.

REIG. El libro de inscripcion está abierto: anotad en él...

MIRA. Sí, sí: quiero ser el que dé ejemplo.

TODOS. Y nosotros en seguida.

REIG. Como gusteis.

ESCENA II.

GELDBERG. REIGNHOLD, MIRA *al fondo. Se abre una puerta al fondo, y se vé una sala con mesa y escribanía. Todos entran agrupándose al rededor de la mesa.*

REIG. (*Al baron.*) Ya lo veis. La raza de los tontos no se estingue nunca... los accionistas acuden... y dentro de ocho dias seremos mas ricos que nunca... Pero... qué teneis?

GELD. Reignhold! La ruina ha entrado ya aquí... y la muerte está á nuestras puertas.

REIG. Por mi vida! Soñais, señor baron?

MIRA. (*Desde la puerta.*) Esto marcha perfectamente. Ya hay acciones por valor de un millon!

REIG. Un esfuerzo mas, y nos hemos salvado.

GELD. Pero y las letras de Nesmer?

REIG. Ni han venido, ni vendrán.

GELD. Os engañais. Señor conde. (*Enseñándole la letra de Otto.*) Aquí teneis una protestada.

REIG. Cómo! Protestada? Por quién?

GELD. Por mí! Y... todos los recursos que me quedaban, todo lo que ha podido prestarme un antiguo amigo lo he empleado en ese pago; cuando las otras lleguen, no sé cómo...

REIG. Salgamos de lo presente. Mañana pensaremos en el porvenir. Mirad, mirad, querido suegro, la animacion va en aumento. (*Señalando á los accionistas, que siguen agrupados al rededor de uno de los escritorios.*)

GELD. Oh! Sí! Pero. . (*Asaltado por una idea.*) Son verdaderos accionistas?

REIG. No lo estais viendo?

GELD Bien, bien... os lo repito. Estoy arruinado. No tengo un solo franco.

KLAUS. (*Saliendo por la derecha.*) El cobrador del Banco acaba de llegar. Está esperando en la caja.

MIRA. (*Bajando á la escena. La puerta del fondo se abre.*) Esto es fabuloso! Ah! Reignhold! Reignhold! Sois un grande hombre!

REIG. Que va á naufragar en la orilla.

GELD. (*A Mira*) Sí. No habeis oido que acaba de llegar el cobrador del Banco?

MIRA. Diablo! (*A Klaus.*) Que se espere. (*A los otros.*) No sé que hacer! (*Aterrado.*) Cincuenta y dos mil francos!

ESCENA III.

Dichos. OTTO, *en trage elegante, ha venido siguiendo á* KLAUS *sin ser visto, y ha permanecido atrás hasta este momento.*

OTTO. (*Apareciendo ante los demas.*) No os alarmeis, señores. Hé aquí sesenta.

REIG. Quien es este hombre?
GELD. Sí, quién es?
MIRA. (*Bajo á Klaus.*) Por donde ha entrado?
OTTO. (*Dando una carcajada*) Tomad, y haced inmediatamente ese pago.
REIG. Caballero... Ignoramos quien sois, y...
OTTO. Basteos saber que los billetes de Banco son buenos.
REIG. Sí, pero...
OTTO. Calle! No os creia tan escrupuloso tratándose de dinero.
REIG. Es que hay cosas, que uno no puede aceptar...
OTTO. Sé, con efecto, que os gusta mas tomarlas por vos mismo.
REIG. Caballero...
OTTO. Cuidado, señor Reignhold. El bravo Madgyar no está presente, y la sociedad no puede enfadarse sin peligro.
REIG. Pero en fin nos direis...
OTTO. Pagad antes. En seguida nos esplicaremos.
REIG. (*Bajo á Mira y á Geldberg.*) Qué pensais?...
GELD. Que se acepte su dinero.
MIRA. Sí, esto nos salva
REIG. (*Dirijiéndose á Klaus y entregándole los billetes.*) Entregad estos fondos al cajero. Y ahora...
OTTO. (*Sentándose.*) Ahora, señores, debo deciros que hace mucho tiempo que estais cometiendo torpeza sobre torpeza.
GELD. / MIRA. (*A un tiempo.*) Y cómo!
OTTO. Qué diablo! No acierto á comprender como comprometeis así intereses que no son vuestros!
REIG. Ignoro lo que significa...
OTTO. Asi es que no quiero dejarme arruinar por vuestra impericia, como vos os habeis arruinado por vuestra ligera conducta.
REIG. Qué decís?
OTTO. (*Friamente.*) Lo que estais oyendo.
REIG. Sabeis, caballero, que si continuais de ese modo...
OTTO. Me devolvereis mis sesenta mil francos?... No lo creo.
REIG. Pero acabad de una vez. Quién sois?
MIRA. Responded.
GELD. Sí, quién sois?
OTTO. (*Friamente.*) Un hombre, que posee novecientos mil francos en letras sobre vuestra casa.

REIG. }
MIRA. } ¡Cielos!

GELD. Qué escucho!

OTTO. La verdad.

GELD. Nos hemos perdido!

OTTO. No tal. Os habeis salvado.

TODOS. (*Con ansiedad y sentándose al rededor de Otto.*) Cómo!

OTTO. Parece que he llegado á tiempo, no es cierto?

REIG. Sí, sí. Pero hablad: qué es lo que quereis?

OTTO. Qué quiero? La pregunta es estraña! Cobrar este millon.

MIRA. Mas...

OTTO. Para ello tengo un proyecto; merced al cual saldreis de vuestro compromiso.

REIG. Veamos.

OTTO. Vuestra empresa de la asociacion del trabajo es una buena idea. Yo he tomado tambien acciones... pero aun cuando esto no prosperara... siempre nos quedan los magníficos dominios de Blupteaut... que es lo mejor de nuestro negocio.

REIG. (*Con estrañeza.*) De nuestro negocio? Cómo?

OTTO, (*A Geldberg.*) Vos teneis el contrato que el difunto conde os hizo. Pues bien. Me lo entregais como garantía de mis letras de cambio: os adelanto algunos miles de francos... los dominios de Blupteaut os pertenecen... vos me pagais sobre su venta, y yo os devuelvo vuestro título... La cosa es muy sencilla, y cualquiera comprenderia la operacion.

GELD. Sí; pero vos, que segun parece, lo sabeis todo... ignorais sin embargo...

OTTO. Que el Hijo del Diablo existe, que lo habeis descubierto, y que para ello habeis cometido mas torpezas...

REIG. Acabareis de una vez, caballero?

OTTO. Par diez! Teneis en vuestras manos á un pobre jóven inocente y desarmado: le tendeis lazos, os asociais para quitarle la vida. Dejadle en paz! Dejad que ria, que goce con libertad absoluta; prestadle, si es preciso, dinero para sus placeres, y haceos entretanto dueños de Blupteaut.

MIRA. (*A los otros.*) Tiene razon.

OTTO. Desde este instante se renunciará á atentar contra ese jóven; y me entregareis el famoso contrato de Blupteaut, por cuyo medio os proporciono vuestra inmensa fortuna, y salvo tambien la mia.

GELD. Luego es por eso, por lo que nos habeis traido ese dinero?

OTTO. Me sorprende vuestra candidez, baron. Creiais por ventura que habia yo venido en vuestra ayuda, por creeros hombres de bien? Dejaos de hipocresía. Qué diablos! Hace mucho tiempo que sois unos embaucadores intrigantes, y yo lo sé muy bien.

REIG. (*Levantándose con furor.*) Qué decis?

OTTO. (*Asiéndole por el brazo.*) Sentaos. Voto á brios!

REIG. Pero, por la última vez, quién sois?

KLAUS. (*Saliendo.*) El carruaje del señor baron de Rodach acaba de entrar en el patio.

OTTO. Está bien. (*Klaus se va.*)

REIG. El baron de Rodach!

MIRA. El sobrino de Nesmer!

GELD. No se dijo que habia muerto tambien?

OTTO. Muerto! No, señores; y la prueba es que le teneis delante de vosotros.

LOS TRES. El baron de Rodach!

OTTO. Vuestro cómplice por la herencia que le ha dejado su tio, y amante como vosotros... de las fiestas, del lujo y del oro.

REIG. Entonces...

OTTO. Ya veis como podemos entendernos perfectamente, y que soy un socio que os propone salvar vuestra fortuna y la suya.
(*Pausa. Mira, Geldberg y Reignhold se miran consultándose.*)

GELD. (*A Otto.*) Señor baron... Estais en vuestra casa.

OTTO. Muy bien. Por lo demas... como á mí me gusta que los negocios se terminen pronto... mañana os traeré mis letras, y me entregareis vuestro contrato.

REIG. (*A Geldberg.*) Vos que sois el depositario, señor baron...

GELD. Lo entregaré mañana. (Oh! Mañana habré dejado á Paris con mi hija!)

ESCENA IV.

Dichos. SARA

OTTO. (*Viéndola y aparte.*) Sara!

SARA. Padre mio! He sabido que contra vuestra costumbre estabais visible... y queria...

GELD. Yo tambien hija. Tambien yo queria hablarte. Espera... espérame aqui... pronto vuelvo.

OTTO. (Oh! Es preciso que el padre y la hija se conozcan al fin...

GELD. Hasta la vista... señor baron de Rodach. (*Vase.*)

SARA. (*Ap. sin mirar á Otto.*) El baron de Rodach!...

REIG. Nuestro nuevo socio, á quien tengo el gusto de presentarte.

OTTO. (*Saluda y dice aparte.*) Siempre hermosa!

SARA. (*Saluda á Otto sin mirarle.*) Qué fastidio!

OTTO. Puedo lisonjearme con la idea de que esta señora me acepte como un amigo?

SARA. (*Conmovida al oir la voz de Otto.*) Quién me hablaba?...

OTTO. Yo, señora.

SARA. (*Saludando.*) Señor baron... Es estraño! Esa voz!

KLAUS. Señor conde: Hipólito Verdier desea hablaros.

REIG. (Verdier! A pesar de haberle prohibido... como no sea algun asunto grave!...)

KLAUS. Le haré entrar?

REIG. Sí, en mi gabinete. Dile que voy al momento.

SARA. (*Disponiéndose á salir por la izquierda, y despues de haber examinado á Otto.*) No puede ser él... Y sin embargo...

REIG Con vuestro permiso, señor baron...

OTTO. (*Acompañándole hácia el fondo.*) Sí, sí. Franqueza absoluta. Yo tambien tengo que hacer. Voy á buscar desde aqui á una buena muger del Temple llamada Josefina. (*Vanse Reignhold y Mira.*) Hasta luego, señores.

SARA. (*Que se marchaba, se detiene de pronto y dice aparte.*) Josefina!

OTTO. Y á un tal Araby, judío.

ESCENA V.

SARA. OTTO.

SARA. Araby, decis?

OTTO. (*Bajando la voz, pero de modo que le oiga Sara.*) Sí, señora, para tratar acerca de una jóven... encantadora... llamada Noemi.

SARA. Noemi!

OTTO. Hasta mañana, señora.

SARA. Noemi ha dicho! Quién será este hombre? Perdonad, caballero, y dispensadme que os pregunte si los negocios que os llaman lejos de aqui son tan urgentes, que no podais concederme algunos momentos...

OTTO. Señora, me conceptúo tan dichoso en saber á qué debo el favor de esta entrevista, que estoy pronto á responder á vuestras preguntas: hablad.

SARA. Señor Baron de Rodach! Deseo saber quien es esa jóven, á quien vais á buscar.

OTTO. Esa jóven? Y á vos que puede interesaros?...

SARA. Reflexionad que no es á mí á quien toca responder ahora.

OTTO. Es cierto... pues bien, señora: esa jóven es una niña á quien una miserable muger, llamada Josefina, llevó á servir á casa de un bribon, que se llama Araby...

SARA. Araby!

OTTO. Vos no podeis formar una idea del terrible aspecto de la casa de ese miserable.

SARA. Os creo... pero, y esa jóven?

OTTO. Es una de esas pobres niñas, á quienes los desaciertos de sus padres llevan á una casa de misericordia, y que arrastran una existencia amarga, sin saber quien les dió el ser.

SARA. Estais seguro? Creéis que esa pobre niña se halle abandonada?

OTTO. Lo estaba, señora; pero la he tomado bajo mi proteccion; y al salir yo de París, partirá conmigo.

SARA. (Dios mio! Dios mio! Y no volverla á ver!)

OTTO. Qué teneis, señora? Veo que manifestais un gran interés por esa jóven.

SARA. Sí... es cierto... la conozco...

OTTO. Vos?

SARA. Si... esa muger de quien me habeis hablado... esa Josefina... me habló tambien de Noemi... yo sabia que estaba pobre, que estaba abandonada, y compadecida de sus desgracias, queria traerla á mi lado.

OTTO. Como una criada?

SARA. (*Reprimiendo un gesto de espanto.*) Oh! No.

OTTO. (Tiene buen corazon!)

SARA. Y bien, caballero: me direis donde se halla esa jóven?

OTTO. (*Riendo.*) Señora: tal vez me creais muy interesado en mis negocios; acabo de hacer un contrato

con vuestro padre y vuestro esposo, en el cual les he puesto condiciones bastante duras... y...

SARA. Pensais hacer otro tanto conmigo? Yo os ofrezco mi amistad.

OTTO. Permitidme que ambicione todavia mas.

SARA. Decidme que deseais?

OTTO. Deseo que me concedais una cita.

SARA. Caballero!

OTTO. Señora: necesito que me la concedais, porque tengo que hablaros de esa jóven, que tanto os interesa

SARA. Y si yo os la concediera?

OTTO. Si la obtengo... os entregaré á Noemi.

SARA. (Pobre niña!)

OTTO. Pero, sino cumplis vuestra promesa, mañana mismo partiré, y no la volvereis á ver.

SARA. (Dios mio!) Iré, caballero, iré....

OTTO. Ah!... Señora!...

SARA. Sí, acudiré á vuestra cita, con tal de hacer una obra de caridad. Caballero, espero vuestras órdenes.

OTTO. Mis órdenes!... Dispensadme, señora, sino os señalo la hora y el sitio.

SARA. Como gusteis.

OTTO. Segun eso, en cualquier lugar, y á cualquier hora...

SARA. No faltaré.

OTTO. (*A parte: tomando su sombrero.*) Bien: (la hora de la justicia llega para todos.) Hasta luego, señora.

SARA. Hasta luego. (*Sale Otto.*)

ESCENA VI.

SARA. JOSEFINA.

SARA. (*Corriendo á la primera puerta de la izquierda.*) Ven acá, desgraciada! Nada me has dicho: mi hija arrastraba una existencia horrible, y ha huido del Temple.

JOSEF. Perdonadme; yo nada sabia: me encargasteis que viviera oculta, y he cumplido vuestras órdenes.

SARA. Sí, pero vivia desgraciada!... Es preciso que pidas á mi padre ese dinero que le entregaste.... (*Sale el baron.*)

JOSEF. Oh! Aquí tienes á mi padre... Ten presente que es el baron de Geldberg... háblale como si yo no estuviera delante.

ESCENA VII.

SARA. JOSEFINA GELDBERG.

GELD. Ah! No estás sola, Sara... Quién es?
SARA. Una pobre muger...
GELD. (Es Josefina!)
SARA. Me ha dicho que tiene precision de hablaros de un negocio urgente.
GELD. Es imposible... no tengo tiempo ..
SARA. Os suplico que la escucheis. . que la trateis con vuestra acostumbrada bondad.
GELD. (Si sabra?...) (*Va á sentarse á la izquierda, y hace como que lee un periódico.*)
SARA. Padre: yo os lo suplico.
GELD. Aproximaos, buena muger, y hablad. . pero daos prisa...
JOSEF. (*Entre Sara y Geldberg.*) Os contaré, señor: hay en el Temple un viejo judío, llamado Araby.... un miserable segun parece. Pero cuando yo le vi la primera vez ignoraba...
GELD. Acabareis? De qué se trata?
JOSEF. Se trata de una cantidad que le he entregado.
GELD. Y, qué me importa?
JOSEF. Debo deciros que este dinero no era mio.
GELD. Ah!
JOSEF. No, señor baron... era de una señora, que me lo habia dado para socorrer á una niña desconocida, que ella tenia interés en ocultar....
GELD. Y qué me importa esa historia?
JOSEF. Es que... he pedido al judío este dinero, y me ha respondido que lo habia puesto en manos de otro...
GELD. De quién?
JOSEF. En vuestra casa, señor baron.
GELD. En mi casa'...
JOSEF. Sí, señor.
GELD. Estais loca, buena muger?
JOSEF. Loca?
SARA. (Qué dice?)

GELD. Yo no conozco á ese judío Araby... ni comprendo lo que quereis decir...
SARA. No conoceis al judío Araby, padre mio?
GELD. No. Y de dónde quieres que yo conozca á ese hombre, hija mia?
SARA. (Oh! Dios mio!)
JOSEF. Pues es un ladron... pero, y esta letra que me ha dado contra vos?
GELD. (*Tomando la letra.*) No, no, no puede ser.
JOSEF. Y, he de pasar yo por una muger que ha robado? Ah! señora condesa, yo os juro....
SARA. Calla... y vete.
GELD. Qué quiere decir?...
SARA. Vete... y espérame en tu casa... toda la noche..... (*Toma la letra.*)
JOSEF. Sí, señora... pero antes voy á buscar á ese infame Araby... Oh! Yo le encontraré, y...
SARA. (*Hablando un poco bajo.*) Te he dicho que me aguardes en tu casa... porque ya no encontrarás mas á ese Araby... vete... (*Josefina se va por el fondo.*)

ESCENA VIII.

SARA. GELDBERG.

GELD. Qué significa esto? Y, por qué decis que ya no volverá á encontrar á Araby?
SARA. (*Con fuerza.*) Por que Araby se halla aqui, y acaba de desconocer su firma.
GELD. Desgraciada!
SARA. Ah! No creiais encontrarme tan enterada, padre mio.
GELD. Tú!... Sara!... Tú sabes!...
SARA. Todo!... Lo se todo!..
GELD. Pero esa muger?...
SARA. Todo lo sabrá, si dentro de una hora no le habeis entregado el dinero que le debeis...
GELD. Luego tú no sabes nada? Ignoras que tu esposo está arruinado?
SARA. Qué me importa!
GELD. Yo mismo me veo despojado de lo poco que habia podido reunir para tí!... Mi querida hija! Por tí me

cubria con esos andrajos; para tí guardaba toda mi fortuna...

SARA. Padre mio!

GELD. Y ese dinero que me pides... era nuestra esperanza... nuestro último recurso.

SARA. Olvidais que no os pertenece?

GELD. Y tú quieres que yo lo devuelva? Jamás!

SARA. Sí, padre mio!... devolvedlo.

GELD. Devolverle! á quién, á esa miserable?...

SARA. Por piedad!

GELD. No! no!

SARA. Pues bien, padre mio, ese dinero es para mí; yo lo reclamo... es para salvar á una jóven desgraciada, á quien habeis tratado como á una esclava, á una jóven, á quien amo con toda mi alma.

GELD. Cómo! Noemi!...

SARA. Es mi hija!

GELD. Tu hija! Dios mio!

SARA. (*Llorando.*) Padre mio! Padre mio!

ESCENA IX.

SARA, GELDBERG, REIGNHOLD.

REIG. Señor baron!

GELD. Señor conde!

REIG. (*Al baron.*) Supongo que no habeis accedido á la peticion de ese baron de Rodach.

GELD. No... pero...

REIG. Perfectamente: ese hombre no es tal baron; es un miserable que trata de engañarnos.

SARA. Gran Dios!

GELD. Qué decis!

REIG. Hipólito Verdier acaba de entregarme una cajita, que es la mejor prueba: Dentro se hallan todas nuestras letras con una carta de Nesmer. Podeis venir á verlas.

GELD. Ya os sigo (*Váse por la derecha.*)

KLAUS. *Que entra por la primera puerta de la izquierda; y entrega una carta á Sara.*) Para la señora condesa.

SARA. (*Leyendo ap.*) «Esta noche calle del Delfin, en casa de Franz.» No faltaré! Y ese dinero, padre mio? (*Al baron.*)

GELD. (*Rasgando la letra, la arroja á sus pies y se va*) No puedo daros otra respuesta!

SARA. Padre mio! Padre mio! Quereis asesinarme? Pero no importa! Yo sobré encontrar á mi hija... Yo la salvaré!

FIN DEL ACTO TERCERO.



ACTO IV.

CUADRO PRIMERO.

Una habitacion sumamante pobre: á la izquierda una mesa: á la derecha un sillon antiguo: puerta en el fondo.

ESCENA I.

FRANZ. NOEMI..

(*Noemi está sentada en el sillon; Franz está de pie á su lado contemplándola.*)

FRANZ. Duerme, mi querida Noemi; duerme amor mio; duerme sin temor... yo te amo, y velo por tí! Oh, Dios mio! Habeis arrojado á este mundo cruel é indiferente á estos dos huérfanos: á mí me habeis dado valor para destruir todos los obstáculos que se oponian á mi camino, mientras que á esta desgraciada, que no tenia mas que resignacion, le habeis dado la miseria y el tormento! Dios mio! Haced que cesen

nuestros padecimientos! ó al menos, si yo sufro, que Noemi sea dichosa. (*Movimiento de Noemi.*) Se ha despertado!... (*Observándola.*)

NOEMI. (*Soñando.*) Araby!... No, no!...

FRANZ. Hasta en sueños la persiguen sus padecimientos! Pobre Noemi!

NOEMI. (*Despertando poco á poco.*) Franz! Franz!

FRANZ. (*Arrodillándose cerca de ella.*) Qué tienes!... Estoy aqui á tu lado...

NOEMI. Dónde estoy?... No es aqui donde yo habitaba antes.

FRANZ. Has olvidado ya?...

NOEMI. Ah!... Sí, ya me acuerdo... yo iba á morir, y tu me salvaste, Franz...

FRANZ. Sí, me seguiste á mi pobre morada, trémula de frio y de terror...

NOEMI. Ah! Sí, es verdad!

FRANZ. Y tú llorabas... porque decias que podrian calumniarte por haber huido.

NOEMI. Es cierto... y entonces la fatiga, las lágrimas...

FRANZ. Te rindieron, y te quedaste dormida.

NOEMI. Y tú?

FRANZ. Yo te contemplaba .. velaba á tu lado.

NOEMI. (*Levantándose y estrechando la mano á Franz.*) Franz: somos dos seres muy desgraciados... sin apoyo, sin familia, sin amigos; no tenemos mas juez que Dios: pues bien: juremos vivir juntos, sin ofenderle jamás.

FRANZ. Oh! Sí, yo te lo juro ante Dios!

NOEMI. Ahora: nada me inquieta... á tu lado soy dichosa.

FRANZ. Gracias, Noemi... Sí, sé dichosa: ten confianza en Dios... olvida tus penas.. tal vez nos espera la felicidad... mira .. (*Abre una caja grande de carton que está sobre la mesa.*)

NOEMI. Qué es eso? Un vestido del mejor gusto... Un sombrero!

FRANZ. (*Sacando del bolsillo una cartera.*) Mira... Esta noche he hallado sobre mi mesa esta cartera que contiene billetes de banco...

NOEMI. Estás seguro de qué es para tí?

FRANZ. (*Lee.*) « Para Franz, de parte de un amigo. »

NOEMI. Entonces tienes amigos?...

FRANZ. Yo nada sabia; pero hace unos dias que me sigue un hombre misterioso... me proteje... ademas me han hablado de tí...

NOEMI. De mí?

FRANZ. Sí, una muger, que tú no conoces. Despues ese hom-

bre misterioso mató á mi adversario... Luego este dinero que me envia una persona desconocida.., Todo me hace creer que alguna cosa estraordinaria me espera... que voy á hallar un puesto elevado; una familia... un nombre... yo no se...

NOEMI. Pero si tú llegases á ser rico, noble, qué seria de mí?

FRANZ. Tú tambien serias rica y noble, querida Noemi... y para aguardar esta fortuna y esta nobleza que nos espera, pensemos únicamente en nuestra felicidad de hoy. (*Se abrazan. Permanecen los dos algunos instantes en esta actitud, como pensando el uno en el otro. Sara aparece, y contemplándolos, se apoya sobre el quicio de la puerta, y queda como petrificada.*)

ESCENA II.

NOEMI. FRANZ. SARA.

SARA. (*Desde el fondo.*) Dios mio! Era cierto!

NOEMI. (*Viéndola.*) Quién es esta señora?

FRANZ. (*Levantándose.*) (La condesa de Reignhold!) Vos aquí, señora!... (*Se dirige hácia ella.*) entrad... yo os lo suplico...

NOEMI. Sí, señora, entrad. Dios mio! estais pálida... apoyaos en mí...

SARA. Oh! Sí... en vos... (*Noemi la conduce y la hace sentar en una silla.*)

FRANZ. (*Ap. siguiéndolas.*) Qué interes podrá traerla aquí?

SARA. Gracias... querida niña.... gracias.... (*Noemi va á retirarse.*) Oh! quedaos á mi lado. Temeis acaso estar junto á mí?

NOEMI. Nada de eso, señora... Por qué he de temer de vos. que pareceis tan buena?

SARA. Oh! Sí; yo lo seré para vos.

NOEMI. Despues... Franz es mi protector...

SARA. Ah! Sí... el señor Franz...

FRANZ. Que no esperaba tener el honor de recibir esta visita.

SARA. Desearia hablar á solas con esta niña.

NOEMI. A mí!... A mí sola! Oh! no, señora, no; ignoro quien sois, y yo no conozco á nadie que tenga que decirme.. Franz!... Franz!... no te vayas.

SARA. (La causo horror!)

FRANZ. Perdonadla, señora... Ya otra vez la han engañado...

SARA. Engañado?

FRANZ. Sí, señora. . bajo el pretesto de llevarla al lado de su madre, una miserable muger la ha traido á Paris, y la ha encerrado en la casa de un infame usurero.

SARA. Lo sé... pero si yo la dijera que quiero llevarla al lado de su madre?...

NOEMI. FRANZ. } Vos?

SARA. Pensais que trataria de engañarla?

FRANZ. Vos, señora?

SARA. No es esta la primera vez que os he manifestado interés por esta jóven.

NOEMI. Franz me lo ha dicho, señora.

FRANZ. Conque vive su madre?

SARA. Sí.

FRANZ. Y quiere verla?

SARA. Quiere protegerla... quiere... que no se separe de su lado.

NOEMI. Oh! Hablad, señora, hablad.

SARA. A vos sola, os lo he dicho...

NOEMI. (*A Franz como suplicándole.*) Franz... yo nada temo .. si me permites un momento...

FRANZ. Como quieras; yo tambien soy huérfano... yo tambien siento que mi corazon se llenaria de gozo, si cualquiera me dijese: «Vuestra madre vive.» Pero me parece tambien que en ese caso yo no diria que os retiraseis de mí.

NOEMI. Ah! Si tú quieres oirlo... quédate; señora, tiene razon: él ha sido mi único amigo, mi único apoyo, y creo que tiene derecho á participar de mi dicha.

FRANZ. Un momento, Noemi, un momento... yo te lo suplico. (*Ap. á la condesa*) Señora condesa, teneis razon... soy un egoista al detener por mas tiempo el secreto que quereis confiar á esta pobre niña; pero escuchadme: habeis visto á Noemi sola en mi pobre estancia; en ella no ha tenido mas apoyo que el mio: desearia que dijeseis á su madre que he sabido respetarla.

SARA. Será cierto?

FRANZ. Os lo juro por el nombre de mi madre, á quien tampoco he conocido.

SARA. Franz: sois un hombre honrado; quedaos... yo os lo suplico.

ESCENA III.

SARA. NOEMI. FRANZ. OTTO.

SARA. (*Viéndole entrar.*) Otto.

OTTO. (*En su trage ordinario.*) Ah! Habeis llegado antes que yo... (*Quitándose la capa.*) Es necesario que mis enemigos me miren cara á cara... ahora no necesito disfrazarme.

SARA. Cómo!... ese hombre que á todas partes me sigue, pronunciando mi nombre con una voz aterradora... ese viejo que me ha gritado al pasar por la tienda de Josefina: «Te esperan en casa del judío Araby.» Ese baron de Rodach, que me destrozaba el corazon!

OTTO. Era yo.

SARA. Pero qué quereis de mí?

OTTO. Deciros quien es vuestro padre. Un infame que ha levantado su fortuna sobre la ruina del pobre...

SARA. Oh! Callad! Callad!

OTTO. Deciros quien es vuestro esposo: un miserable que ha robado los bienes y el título que lleva.

SARA. Oh! por Dios.

OTTO. Ellos son la causa de las desgracias de vuestra hija. (*Señalando á Noemi.*)

NOEMI. Vos! mi madre!...

SARA. (*Abrazándola.*) Hija mia, sí, tu madre; tu madre, que hasta ahora ha ocultado tu existencia... tu madre que te pide perdon...

NOEMI. (*Arrojándose en sus brazos.*) Madre mia!

FRANZ. Caballero: habeis destrozado el corazon de esta noble señora, habeis insultado, ultrajado á su padre y á su esposo: habeis obrado infamemente.

OTTO. (*Quitándose el sombrero.*) Señor conde Gunther de Blupteaut, (*Franz hace un movimiento de asombro.*) vos solo en el mundo teneis derecho para hablarme así, sin que al punto seais castigado.

FRANZ Yo!... Me habeis llamado!...

NOEMI. El!...

OTTO. Sí, vos...

FRANZ. Pero decidme!...

OTTO. Sois el último vástago de una familia ilustre; nacis-

teis en una noche de crímen y de terror, en que vuestros padres fueron asesinados...

FRANZ. Es posible! Dios mio! Y quién fué el asesino? Decídmelo.

OTTO. Eran cinco. El primero se llamaba Nesmer.

SARA. (*Asombrada*) Nesmer?

OTTO. Asesino!...

FRANZ. Dónde está ese hombre?

OTTO. Yo le maté... El segundo que defendia todas las infamias de esa banda de asesinos, se llamaba Yanos Georgy...

SARA. El coronel!

OTTO. Asesino!...

FRANZ. El que me ha insultado?

OTTO. Le maté tambien... al lado de ellos estaba el mas miserable... el que preparó el veneno... el doctor José Mira.

FRANZ. Ah! Ese vive!...

SARA. José Mira!...

OTTO. Tambien asesino... un miserable escapado de su prision: despues sigue Jacobo Reignhold... en el dia...

SARA. Oh! Callad! Callad!

OTTO. El conde de Reignhold.

FRANZ. (Su esposo!)

OTTO. Y el último... un miserable judío de Francfort..

SARA. (*Queriendo hacerle callar.*) Oh! Callad, por piedad!

FRANZ. (*Dirijiéndose á Otto.*) Caballero, quien quiera que seais, ya que tanto interés habeis tomado por mi familia, os doy gracias: en cuanto á mí yo sabré vengar á mi pobre madre, matando á esos miserables.

OTTO. Ahora que sabeis que esa niña pertenece á la familia de los asesinos de vuestros padres, la seguireis aun?

FRANZ. Noemi es inocente, y no es responsable del crimen de su padre.

NOEMI. Ah! querido Franz: es cierto que me amas todavia?

FRANZ. Juro no separarme de tu lado.

SARA. Oh! Gracias, Franz!... Os doy gracias!

OTTO. (*A Sara.*) Señora: Qué intentais?

SARA. (*Con sequedad y firmeza.*) Esperad, (*A Franz.*) amigo mio, confiad en el honor de ese hombre... Sí conoceis la historia de los últimos veinte años, debeis saber que al frente de los patriotas de Alemania, que combatian á la Francia, se hallaban tres hombres, tres hermanos...

OTTO. Tres bastardos!

SARA. Que se distinguieron entre los mas ardientes defensores de su pais.

FRANZ. Es cierto.

SARA. (*Señalando á Otto.*) Aqui teneis al primero de esos tres bastardos; al hermano de vuestra madre.

FRANZ. Vos?

OTTO. (*Abrazándole.*) Sí, sí.

FRANZ. Ah!

SARA. (*Separando á un lado á Otto.*) Escúchame. Has querido vengarte de los que asesinaron á tu hermana: yo tambien puedo vengarme ahora de tí.

OTTO. Tú!

SARA. Yo!... Tambien yo puedo recordarte el dia en que pusiste tus ojos en una jóven... el dia en que la seduciste, para despreciarla y abandonarla despues.

OTTO. Era la hija del judío de Francfort, uno de los asesinos de mi pobre hermana.

SARA. Sí, pero era inocente. Espera... No te contentaste con despreciar á la madre, si no que quieres humillarme tambien á los ojos de mi hija, de mi hija que ha vivido pobre y abandonada... Pues bien, voy á dar te una leccion. Tú has querido que aborrezca á su familia; que odie á su madre; yo no: yo quiero que te respete porque eres su padre.

OTTO. Noemi!... Mi hija!...

SARA. Calla! no quiero que sepa mi deshonra. Quiero que ignore tu crímen.

OTTO. Ah! tienes razon... Sara... Perdóname... yo no veia al rededor mio mas que criminales. Yo he herido á ciegas, destrozando...

SARA. El corazon de una pobre madre que te perdona, y si amas á su hija...

OTTO. Oh! Sara! Sara! Venid, contad conmigo; yo os defenderé. (*Dirigiéndose á Franz y Noemi.*)

NOEMI. Cielos!

FRANZ. Ah!

OTTO. Sí, abrazadme. Los dos, Sara, los dos. (*Estrechándolos en sus brazos.*)

SARA. Dios mio! Estará ya satisfecha tu cólera divina?

FRANZ. (*A Otto.*) Decidme: qué quereis que yo haga?

OTTO. Es preciso guardar el mayor secreto: nuestros enemigos son poderosos... Las pruebas de tu nacimiento nos faltan. Esas pruebas estan dentro de un medallon...

SARA. (*Como recordando.*) Un medallon... Sí, le he visto en manos de mi padre...

OTTO. Entonces comprendo como ha desaparecido.

SARA. Una carta? Es verdad... bien me acuerdo.

OTTO. La habeis leido?

SARA. Sí, es cierto... la he leido... hablaba de una tumba... de una capilla antigua...

OTTO. La tumba de los tres hombres rojos?

SARA. De una herencia...

OTTO. (*Señalando á Franz.*) Son sus títulos de familia. Ah! Sin duda Moses Geld ha creido que se trataba de un tesoro... pero yo se lo arrancarré. (*Tomando su capa se emboza en ella y sigue hablando.*) Ante todo es preciso dejar esta casa, donde pueden doscubrirnos; es preciso que abandonemos por unos dias la Francia... Vos nos acompañareis, Sara... mis hermanos nos aguardan... Corramos... (*En el momento en que van á salir, se abre la puerta.*)

ESCENA IV.

Los mismos. REIGNHOLD. GELDBERG. *Despues dos Gendarmes.*

REIG. (*A Otto.*) Deteneos... Caballero...

SARA. (Mi esposo! (*Aparece el baron.*) Mi padre!)

GELD. Sí, vuestro padre... (*Otto se pone el sombrero sobre los ojos, y se oculta la cara bajo el cuello de la capa.*)

FRANZ. Ah!

SARA. (*A Otto.*) Oh! Por piedad!...

OTTO. (*Bajo á Franz que hace un movimiento.*) Silencio! Señores, á quién buscais?

GELD. Parece que un desconocido se ha presentado ayer bajo el nombre de Isaac Fuster en casa de un honrado negociante del Temple, con objeto de cobrar ciento treinta mil francos: despues hemos sabido que Isaac Fuster está enfermo en Francfort, y el que ha tomado su nombre sois vos.

OTTO. Diablo!

FRANZ. Es posible?...

REIG. Tambien parece que ayer se ha presentado un bribon en casa del conde de Reignhold, con objeto de tomar parte en los negocios de su casa, llamándose el baron de Rodach: despues hemos sabido que el baron de Rodach ha muerto hace dos años...

OTTO. Estais seguro de ello, Jacobo Reignhold?

REIG. Aqui teneis la prueba. (*Otto hace un movimiento.*)

FRANZ. (Oh! Si me habrá engañado?)

OTTO. Cómo! La prueba? (*Mirando el papel.*) Estos papeles han sido robados á Hans Dorn.

GELD. Robados!

OTTO. (*Señalando á Reignhold.*) Sí, Jacobo Reignhold.

REIG. Os burlais aun?... caballero? Qué nombre quereis que os demos?

OTTO. Cuando yo os diga mi nombre, tendreis muy buen cuidado de no repetirlo.

REIG. (*Bajo á Sara.*) Señora... tenemos que hablar: sé muy bien quien es vuestra hija.

SARA. Dios mio!

REIG. (*Sonriéndose y dirigiéndose á Noemi,*) Vos, señorita, venid con la señora condesa: ella os ama y os protege, y yo participo de sus buenos sentimientos... Vos tambien nos seguireis á el castillo de Blupteaut.

GELD. (*Bajo.*) Pero...

REIG. (*Id.*) Es preciso.

FRANZ. (Perderla otra vez!...)

NOEMI. Franz!...

SARA. (*Ap, á su hija.*) Calla, hija mia... no me abandones.

OTTO. Bien. Jacobo Reignhold. Has jugado, y yo he perdido.

GELD. (*Bastante alto.*) Ahora nos resta todavía cumplir con un deber. (*A Otto.*) Habeis rehusado decirnos vuestro nombre. No faltará quien os obligue á declarar. (*Abre la puerta del fondo, y hace señas á dos Gendarmes que entran.*) Señores, cumplid con vuestro deber. (*Los dos Gendarmes se aproximan á Otto.*)

OTTO. Preso!... Pero no importa: Albert y Goetz están libres. (*En el momento de dirigirse á la puerta del fondo, dice.*) Señores: pronto nos veremos en el castillo de Blupteaut.

FIN DEL CUADRO PRIMERO.



CUADRO SEGUNDO.

Una esplanada delante del castillo de Blupteaut: á la derecha en segundo término la entrada principal del castillo: á la izquierda la tumba de los tres hombres rojos, á la cual se llega despues de subir algunas gradas: la luna ilumina la escena: se oye confusamente el ruido de la música.

ESCENA I.

REIGNHOLD. VERDIER.

(*Verdier sale primero con una linterna en la mano, reconoce los alrededores del castillo, y despues sale Reignhold.*)

REIG. Verdier!

VER. Señor conde!

REIG. Qué noticias me traes?

VER. Muy buenas. Todo está preparado.

REIG. Los salones están llenos de gente. No creo que la suerte nos abandone en los últimos momentos.

VER. Yo tampoco lo creo. Ya he hablado con dos hombres de toda mi confianza, y me esperan á corta distancia del castillo.

REIG. Perfectamente. Es preciso que os apodereis de Noemi, tan pronto como esté á vuestro alcance. Con este objeto yo procuraré sacarla del castillo.

VER. Ya tenemos dispuesto un carruage junto á la puerta pequeña que desde aqui se descubre. (*Señalando á la izquierda.*)

REIG. Os apoderareis de ella; y si gritára, si corrierais peligro de que por sus voces os descubrieran, entonces.... (*Amenaza con el puño, como si tuviera un puñal en la mano.*)

VER. Entiendo. No me digais mas.

REIG. Si es posible, partirás con ella: me darás noticias, cuando te las pida; y si yo dispusiera algun dia que dejára de existir...

VER. Señor conde: ya sabeis que estoy á vuestras órdenes.

REIG. Muy bien: puedes retirarte á tu puesto.

VER. Hasta luego.

ESCENA II.

REIGNHOLD, *despues* GELDBERG,

REIG. Sí, es preciso separar de Sara á esa niña, cuya existencia me llena de ignominia; y luego que haya tomado posesion del castillo de Blupteaut, tiempo hay para separarme de la madre. (*Aparece Geldberg con una linterna en una mano y embozado en una capa.*) Quién se dirije hacia aquí? Ya me ha visto... Se ha detenido... Creo qué es el baron.... Sí... (*Llamando.*) Señor baron!

GELD. El mismo: y vos, conde...

REIG. Acercaos. (*Se aproximan el uno al otro.*)

GELD. (Ya no puedo hacer nada delante de él.)

REIG. Qué diablos venis á hacer aquí?

GELD. Y vos?

REIG. He venido á tomar mis precauciones. Los momentos son decisivos. Esta noche á las doce cumple el plazo, que el Tribunal de Francfort ha concedido para tomar posesion del castillo de Blupteaut. Segun las leyes de Alemania, el Canciller del Sena-

do hará la entrega delante de la entrada principal del castillo, en esta misma esplanada. Ya veis que sería cruel ahogarnos á la orilla.

GELD. Ahogarnos! Y, por qué?

REIG. Por muchas razones: pero yo todas las he tenido presentes, y así...

GELD. Yo temo solamente á los tres bastardos.

REIG. En cuanto á esos, no hay cuidado. Yo mismo he visto, al pasar por Francfort, al alcaide de la fortaleza, y me ha dicho que continuan encerrados, y contentos con su suerte.

GELD. Pues entonces...

REIG. Nos queda todavia otro... el fingido baron de Rodach, á quien no conocemos, y el cual sabe toda nuestra historia.

GELD. Pero ese tambien está preso en París, y no es facil que salga de la Consergería.

REIG. Y tan facil.

GELD. (*Asustado.*) Cómo!

REIG. Verdier acaba de llegar, y dice que ha logrado fugarse de la prision, sobornando á sus carceleros.

GELD. Pues entonces somos perdidos... nos seguirá...

REIG. Nada temais. No os he dicho que he tomado mis precauciones. Pues bien; yo respondo de que no vendrá. Tengo apostados algunos hombres de mi confianza, y le impedirán llegar hasta aquí.

GELD. Y el heredero de Blupteaut? Aquel jóven...

REIG. Ayer envié al doctor Mira, para que le saliera al encuentro, para que se detenga con él en alguna casa de postas del tránsito, procurando grangearse su amistad, y convidarle á comer,... Me comprendeis?

GELD. Sí, os comprendo.

REIG. Cuando el doctor no ha vuelto... debe estar muy ocupado... Tranquilizaos... El castillo será nuestro.

ESCENA III.

Dichos. VERDIER.

VER. Señor conde; tengo que daros una mala nueva.

GELD. Cómo!

REIG. Hablad.

VER. Uno de mis confidentes acaba de avisarme que en

el hotel de Prusia, que está situado en el camino de Francfort, se han encontrado el doctor Mira y el heredero de Blupteaut. El doctor fué conocido por dos hombres que le acompañaban, y quisieron apoderarse de él: pero este se defendió, y murió en la refriega.

REIG. Cielos!

GELD. Y sus papeles?

REIG. Están todos en mi poder... no hay cuidado... nadie podrá descubrir... Es otro mi temor... Dime: y esos dos hombres? Y ese Franz?

VER. Huyeron precipitadamente; pero uno de nuestros confidentes los ha seguido anoche mismo, y regularmente no los habrá perdido de vista...

REIG. (*Confuso.*) En ese caso... Oye, Verdier... (*Aparte.*) Es preciso apoderarse pronto de esa niña, y dar el golpe... Di á tu gente que redoble su vigilancia. Tu ya conoces muy bien al hijo del Diablo, y antes de que consiga llegar al castillo..

VER. Irá á ver á su padre... no hay cuidado.

REIG. Pronto, Verdier, pronto. (*Váse Verdier.*) Ya veis, baron, como yo lo preveo todo, y doy mis disposiciones. Entretanto es preciso aparentar la mayor alegría. El Canciller del Tribunal de Francfort está en los salones de baile, tomando parte en el festin, y no conviene que advierta el menor síntoma de disgusto. Vos no venis?

GELD. No, amigo mio. Estoy demasiado preocupado...

REIG. Pues bien; hasta luego... la hora se acerca, señor baron. Pronto os tranquilizareis.

ESCENA IV.

GELDBERG. *Despues* SARA.

GELD. Un festin! Y la muerte tan cerca! Este Reignhold está loco... pensar hoy en bailes cuando yo estoy lleno de terror!... Cuando me asaltan mil ideas terribles!... Leamos la carta de la difunta condesa, la carta que el heredero de Blupteaut llevaba en el medallon, y que felizmente cayó en mi poder. (*Lée la carta á la luz de la linterna que coloca en un banco de piedra.*) Perfectamente! Allí está! (*Señalando á la tumba.*) Allí se encierra el tesoro que solo ella cono-

cia. (*Lée.*) «La herencia de mi hijo está bajo la salvaguardia de los tres caballeros, y esta herencia está guardada en la tumba de los tres hombres rojos, mis antepasados...» Oh! (*Continúa.*) «En un hueco de la tercera columna de la capilla...» Ah! sí, sí... voy... (*Se detiene.*) Ah! Estoy solo... solo... Me parece que he oido... no, no es nada... Qué noche, Dios mio! ¡Qué luz tan triste la de la luna!.... Valor!..... Es preciso concluir de una vez. (*Va á dirigirse á la tumba, y sale Sara.*)

ESCENA V.

GELDBERG Y SARA.

La música del festin empieza de nuevo.

SARA. Padre! Padre mio!

GELD. Ah! Qué quieres?

SARA. Mi hija, Noemi ha desaparecido!... La han buscado por los salones... todo ha sido inútil... Me la han robado!

GELD. Es imposible, Sara!

SARA. Sí. sí... me la han robado... venid, venid, padre mio!

GELD. Y Reignhold?. . Y tu esposo?

SARA. Sobre él recaen todas mis sospechas... Sí, sí,... es un infame... El debe saber donde está mi hija.

NOEMI. (*Dentro.*) Madre!... Madre mia!

SARA. Ah! Los ois? Es su voz!... Quieren asesinarla! Venid, padre mio... Ayudadme á salvar á mi hija. (*Se dirigen hácia la izquierda, y se presenta Otto trayendo á Noemi de la mano.*)

ESCENA VI.

Dichos. OTTO.

SARA. (*Abrazando á su hija.*) Hija mia!

NOEMI. Madre!

GELD. Cielos!

NOEMI. (*Señalando á Otto.*) El, madre mia... él me ha salvado.

SARA. Vos!

OTTO. (*A Sara.*) Vuestro esposo... (*A Geldberg.*) vuestro cómplice queria robarla... ha luchado conmigo, y ha muerto.

SARA. Ah!

GELD. Reignhold! Ha muerto Reignhold!... no importa: yo soy ahora el único heredero.

OTTO. Señor Geldberg, entregadme esa carta, que no os pertenece.

GELD. Atrás!... Atrás!... Tú quieres robarme!... no, no lo conseguirás... antes me dejaré arrancar la vida. (*Fuera de sí, y apretando convulsivamente la carta.*)

OTTO. (*Con calor.*) Entregadme esa carta.

SARA. Por Dios, Otto!

GELD. Mi tesoro!.., no quiero entregarle... soy el único dueño de él.. (*Llorando.*) Estoy pobre... nada poseo... dejadme disfrutar ese oro.. Pero no... ya soy rico... sí... (*Da una carcajada de locura.*) Todos mis cómplices han muerto.

SARA. Padre! Padre!

OTTO. Entrega esa carta miserable! (*Lucha con Geldberg para arrancarle la carta y se apodera de ella.*)

GELD. Oh! Me han robado!... Ulrrico, Gunther... Todos me persiguen.

OTTO. Estos son los títulos de Franz.

GELD. Dios me los envia á todos para castigarme!... Perdon, Dios mio!.. Perdon! (*Cae sin sentido en las gradas de la tumba.*)

SARA. (*Otto se dirige hacia Geldberg: Sara se interpone.*) Otto, es mi padre!

OTTO. (*Dan las doce del reló del castillo.*) La hora en que han de entregarme los dominios de Blupteaut!...
(*Las puertas del castillo se abren, y salen el Canciller del Senado de Francfort, precedido de dos ugieres, algunos aldeanos y criados del castillo con hachones encendidos. La música del festin cesa, y hay un momento de silencio.*)

CANC. De órden del Senado de Francfort vengo á dar posesion del castillo y dominios de Blupteaut al que por derecho le pertenezca. En nombre de la ley pido que se presente el legítimo heredero. (*Geldberg ha ido incorporándose mientras el Canciller dice las últimas palabras.*)

GELD. No, no le espereis; el heredero de Blupteaut no llegará á este castillo. Reignhold ha mandado asesinarle... El Hijo del diablo ha muerto...

OTTO. (*Presentándose en medio de todos.*) El Hijo del Diablo vive.., Miradle. (*Señalando á la tumba de los tres caballeros cuya puerta se abre y por donde se ve salir á Franz en medio de Albert y Goez, cubiertos con sus capas encarnadas.*)

TODOS. Ah!

GELD. Dios mio?

ESCENA VII.

Dichos. FRANZ. *Los dos caballeros.*

FRANZ. (*Abrazando á Otto y á Noemi.*) Noemi! Mi salvador!

OTTO. (*Presentándole al Canciller.*) Este es el hijo de Margarita Gunther de Blupteaut, mi hermana, asesinada en una horrible noche.

GELD. (*Con violencia.*) Sí, sí... es cierto... asesinada por mis cómplices!... Yo no... yo no he derramado sangre... no quiero mas que oro... oro!... Todo me pertenece... porque todos han muerto... Pero no!... Yo tambien soy criminal!... Sara! Hija mia! No me maldigas!... Perdóname! (*Da una carcajada, y reclina otra vez la cabeza sobre su brazo.*)

OTTO. (*Acercándose á él.*) Está loco!

SARA. (*Arrodillándose y estrechando su mano.*) Ah!

OTTO (*Levantándola.*) Sara, escúchame: Dios los ha castigado á todos! (*Señalando á Franz.*) El hijo de la víctima los perdona...

FRANZ. Oh! Sí, sí ..

OTTO. (*Hablándola ap.*) Sara, tu esposo no existe.., yo tambien necesito que me perdones... Eres libre!... El Cielo hará que se cumplan mis deseos. Ahora, sin embargo, es preciso callar. Yo tambien espiaré mi falta, porque estoy al lado de mi hija, y no puedo decirla: « soy tu padre. »

SARA. Ah!

OTTO. Noemi! Pobre niña! Te has visto sola en el mundo... abandonada... pero has encontrado otro ser tan desgraciado como tú... (*Señalando á Franz.*) que te amará eternamente! (*Conmovido.*) Tienes una madre... que no se separará de tí... (*Conteniéndose.*) y yo...

que te quiero como si fueras mi hija. (*La abraza llorando.*)

SARA. (*Llorando.*) Ah!

OTTO. Hijos mios: desde hoy comienza vuestra felicidad; pero yo estoy condenado á no gozar de ella! Los tres bastardos parten ahora mismo para las prisiones de Francfort.

CANC. Deteneos.

OTTO. Monseñor: hemos hecho un juramento. Mañana es el dia 5 de Marzo y debemos estar en nuestras prisiones de donde hemos salido bajo palabra de honor. La palabra de los tres bastardos es sagrada.

CANC. La voz del primer magistrado de Francfort os responde: «No ireis á una prision: os espera la libertad.»

FRANZ.
NOEMI. } Ah!
SARA.

CANC. (*Saludando á Franz.*) Salud al nuevo conde heredero de estos dominios! (*Se oye de nuevo la música del festin.*)

FRANZ. Salud á la condesa de Blupteaut! (*Presentando de la mano á Noemi.*)

TODOS LOS ALDEANOS } Viva!

SARA. (*Abrazando á Otto.*) Gracias, Dios mio! Yo te doy gracias! (*Franz abraza á Noemi con la mayor emocion.*)

FIN DEL DRAMA.

Obras dramáticas del Círculo Literario Comercial, *representadas últimamente en los teatros de la Corte.*

LA CENIZA EN LA FRENTE, en tres actos.

DE MADRID A TOLEDO, en cinco actos.

EL BUFON DEL REY, en cinco actos.

EL REY DE LOS PRIMOS, en tres actos.

EL HIJO DEL DIABLO, en cinco actos.

UN MATRIMONIO A LA MODA, en tres actos.

QUIEN BIEN TE QUIERA TE HARA LLORAR, en tres actos.

MARICA—ENREDA, en tres actos.

FLAQUEZAS Y DESENGAÑOS, en tres actos.

UN VOTO Y UNA VENGANZA, en cuatro actos.

ATAQUE Y DEFENSA, en tres actos.

LA AMISTAD, en tres actos.

EMBAJADOR Y HECHICERO, en tres actos.

JUAN EL PERDIO, en un acto.

UN CONTRABANDO, en un acto.

LA CASA DESHABITADA, en un acto.

MI MEDIA NARANJA, en un acto.

INFANTES IMPROVISADOS, en un acto.

POR AMOR Y POR DINERO, en un acto.

ESTRUPICIOS DEL AMOR, en un acto.

ZARZUELAS.

MISTERIOS DE BASTIDORES.

COLEGIALAS Y SOLDADOS.

PUNTOS DE VENTA.

En Madrid en las librerías de Rios calle de Carretas, y Cuesta, calle Mayor.

EN PROVINCIAS.

Albacete.	Herrero Pedron.
Alicante.	Ibarra.
Almería.	Vergara y comp.
Alcoy, ...	Martí é Hijos.
Almaden.	Quiroga.
Algeciras.	Castaño y Monet.
Astorga.	Barrio y Gudiel.
Avila.	Aguado.
Badajoz.	Viuda de Carrillo.
Baeza.	Alhambra y Jareño.
Barcelona.	Oliveres.
Bejar.	Luis de la O.
Benavente. , . . .	Hidalgo Blanco.
Bilbao.	Delmas é Hijo.
Burgos.	Calle.
Cáceres.	Valiente.
Cádiz.	Moraleda.
Cindad-Real. . .	Gonzalez.
Ciudad-Rodrigo.	Perez.
Calatayud.	Larrága.
Coruña.	Perez.
Coria.	Muñoz.
Córdova. . . . , .	Manté.
Castellon. . . , .	Moles.
Carmona.	Moreno.
Cartagena.	Benedicto.
Cuenca.	Mariana.
Ecija. . , ...	Jimenez.
Ferrol.	Tajonera.
Gerona.	Oliva.
Gijon.	Delgrás.
Granada. . . . , .	Zamora.
Guadalajara. . .	Perez.
Huelva.	Rodriguez.
Huesca.	Viuda de Galindo.
Jaen.	Sagristá y comp.
Jerez de la Frontera.	Bueno.
Leon.	Miñon.
Lérida.	Sol.
Lugo.	Pujol.
Logroño.	Viuda de Brieba.
Málaga.	Medina.
Murcia.	Benedicto.
Mataró.	Cabot.
Ocaña..	Calvillo.
Orense.	Gomez Novoa.
Oviedo.	Longoria.
Palencia. . . .	Camazon.
Palma.	Rullan Hermanos.
Pamplona.	Erasum y Rada.
Plasencia.	Pis.
Pontevedra. . . .	Varea Varela.
Reus.	Vidal.
Ronda.	Moreti.
Santa Cruz de Tenerife.	Ramirez.
Santander. . . .	Riesgo.
Santiago.	Sa[illegible]ez y Rua.
San Sebastian. . .	P[illegible] Baroja.
Salamanca. . .	Oliva.
Segovia.	Alejandro.
Sevilla.	Santigosa.
Soria.	Rioja.
Talavera.	Fando.
Tarragona. . . .	Puigrubí y Canals.
Teruel.	Pomegrol.
Toledo.	Hernandez.
Toro.	Rodriguez Tejedor.
Tuy.	Martinez Gonzalez.
Trugillo.	Hernandez.
Valencia.	Matheu y Garin.
Valladolid. . . .	Rodriguez.
Vigo.	Sotero.
Vitoria.	Ormilugne.
Zamora.	Pimentel.
Zaragoza.	Polo.

El *Círculo Literario Comercial* se halla establecido en la calle de Fuencarral, n.º 2 cuarto entresuelo, casa de Astrarena.